

LA CRUZ DEL CAMINO



A MI AMIGO DEL ALMA EL SABIO SACERDOTE JOSÉ MARÍA GARCÍA Y GALDÁCANO.

De este valle ignorado peregrino,
Del sol poniente á la expirante luz,
Descansando á tu sombra en el camino,
Héme á tus plantas, cruz!

Eterna aquí, clavada en el sendero,
Tus piedras con mis labios al tocar,
No soy para adorarte forastero;
Soy del mismo lugar!

Si mi hogar á tu lado no blanquea,
Me finjo en otros el que yo perdí;
Yo vengo cual las hijas de la aldea
Á rezar junto á tí!

Ellas dormidas á las pompas vanas
La suya doblan al besar tu frente,
Cuando llevan, unidas como hermanas,
El cántaro á la fuente.

Ellas pasan del bosque á la colina,
Y de la luna á la apacible luz,
Descansan de su carga cristalina
Al llegar á la cruz.

Tú aplacas en los campos las tormentas,
Te adoran desde lejos los pastores;
Cubierto está el peñasco en que te asientas
De lágrimas y flores.

Tú santificas el verdor del prado
Serena como el sueño de la cuna,
Y vigilas de noche el despoblado
Al rayo de la luna!

Tú brindas calma al corazón devoto
Como la brinda al navegante el puerto,
Y siempre evoca tu peñasco roto
El alma de algún muerto!

¡Cuántas tardes medrosa y sin testigo
Desde lejano y lúgubre horizonte
Te habrá buscado, por llorar contigo,
La tórtola del monte!

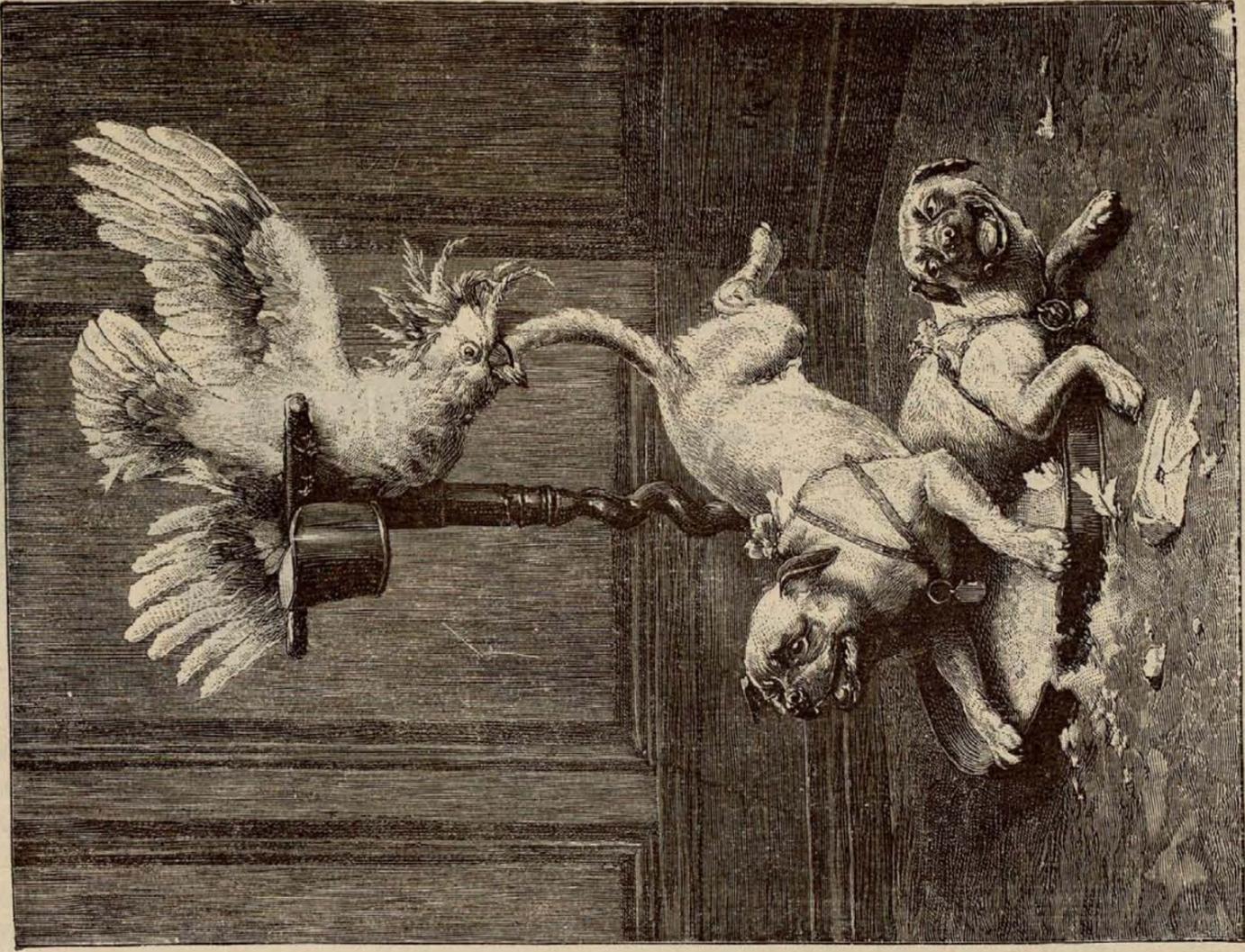
Te siguen la oración y la tristeza;
Y desde las veredas más distantes
Sólo ante tí descubren su cabeza
Todos los caminantes.

El que á tu sombra la oración murmura
Avanza más seguro en su camino;
Sólo detrás de la enramada oscura
Te evita el asesino.

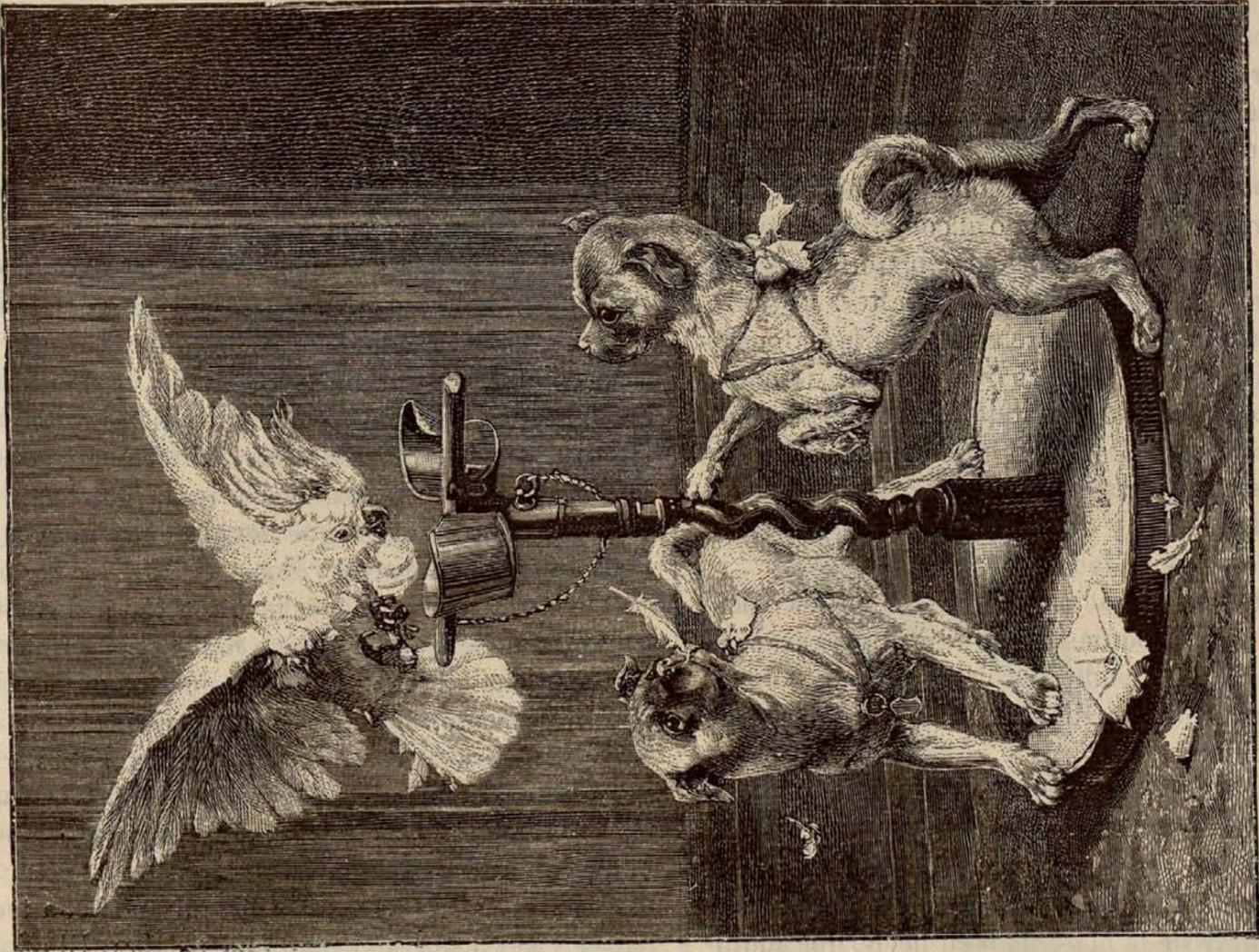
Por eso donde quiera que surgiste
Lamentos en el aire me fingí;
Pensando siempre entre medroso y triste
¿Quién habrá muerto aquí?

ANTONIO GRILLO.





COMO ACABA.



COMO EMPIEZA.

EL SASTRE

DE LA

BANDERA



Era un sastre de buena tijera y mala conducta, tan hábil en el corte para prendas mayores y menores, de medio cuerpo arriba y medio cuerpo abajo, como en hacer un gatuperio, quedando tan fresco y satisfecho cual si hubiera ejecutado una obra lícita y aun meritoria.

No se habían confundido todavía en aquel tiempo las que se pudieran llamar atribuciones constitucionales de cada oficio. Así como el zapatero no había pensado en ser, además de maestro de obra prima, almacenista de cueros y cordobanes, ni el carpintero de vigas y tablones, el sastre se limitaba entonces á cortar y coser, dejando al comercio de tienda abierta el cuidado de proveer de primera materia, para invierno ó verano, al que de ella había menester. El parroquiano, previa consulta con el sastre acerca de la extensión de la tela necesaria para las prendas que le había de hacer, acudía al comercio de paños ó al de telas ligeras de hilo ó algodón, elegía, compraba y llevaba al obrador del sastre. No hay que decir si éste quedaría corto en pedir tela, previendo determinadas contingencias y deseando quedar con algunos residuos para futuras casualidades.

Cuentan que el de esta narración era terrible en sus cálculos y exigencias á los parroquianos, y que aun para traje de niño pedía tela con la cual pudiera hacerse prenda holgada para persona mayor de muy razonables anchuras. En el hogar doméstico el elemento femenino se mostraba implacable contra el sastre defraudador, y en los corrillos públicos las envidias ó muy razonadas censuras de los otros sastres, que veían con asombro y despecho aumentar la parroquia del que trabajaba con gran provecho propio y mayor perjuicio del buen nombre de la clase, habían hecho que adquiriese una fama deplorable en lo concerniente á su tiranía con los parroquianos.

Estos se mostraban pertinaces, sacrificándolo todo á la corrección y elegancia de las prendas que salían del taller de su sastre favorito, y también á la vanidad de ostentar fausto y despilfarro, demostrando que los vestía el artista carero y desollador.

Si eran tenaces los parroquianos, no lo era menos el sastre, que seguía impertérrito cortando en tela y saizando en bolsillos, sin importarle un ardite cuanto se pensara y dijera de él fuera de su taller. Con su jabón piedra tiraba en el paño sobre los tablones del mostrador líneas rectas y curvas para afuera y curvas y rectas para adentro, ó sea para la casa: como las varas y medias varas de exceso en los pedidos daban de sí buenos productos y no volvía retales ni sobrantes, pues habría sido indigno que uno de sus clientes se presentase con prenda remendada, tenía un buen surtido de grandes y variados residuos de paños finos de las fábricas nacionales y extranjeras, con los cuales hacía casacas, levitas, chalecos, pantalones y hasta polainas, quedándose con los cortes íntegros que llevaban los nuevos y aun muchos antiguos de los servidos.

Allí entraba todo, menos la aprensión y el remordimiento: y habían de entrar: lo que no habían conseguido la murmuración ajena ni la conciencia propia, lo consiguió un susto, pero mayúsculo.

Acostumbraba el sastre dormir la siesta. Una tarde, cuando sólo se hallaba en el taller el oficial mayor, apareció de repente el maestro, presuroso, desconcertado, livido, cubierto de sudor, de sudor frío, de presión, de agonia, con el espanto en los ojos, mirando con terror á todas partes y sin poder articular una palabra. El oficial, profundamente consternado ante aquella aparición y el desencajamiento de su maestro, le preguntó por la causa de tan grande

pavura; mas no pudo obtener respuesta. Salió corriendo y volvió en seguida con el antiespasmódico casero; con un vaso promediado de agua y vinagre: hizole beber un sorbo, y con ello logró que pudiera hablar: repitió la operación, y el asustado aspiró y respiró libremente. Insistió el oficial en que le manifestase la causa de aquel terrible ahogo, y todavía muy alarmado, con frases entrecortadas y mirando receloso y casi despavorido á todas partes, dijo:

—¡Ay, Antonio! ¡Qué sueño!..... he soñado..... pero ¡con qué verdad!..... que me había muerto..... ahí..... encima de una pieza de paño..... con las tijeras en la mano.....

—¡Bien!—dijo cariñosamente el oficial, procurando tranquilizarle;—pero está usted vivo, maestro, y sano y bueno..... todos tenemos á veces tales ensueños y pesadillas..... Me está usted viendo á mí..... no está usted muerto.....

—Aguarda..... aguarda.....—continuó el sastre;—falta lo mejor..... es decir..... falta lo horrible..... lo espantoso..... Comparecí á juicio..... yo no sé..... yo no sé..... quedé deslumbrado..... De pronto oigo unas voces que atronaban..... miro..... y veo un demonio muy grande..... muy grande..... que venía gritando.....: «¡Acá, acá..... ese es mío..... el sastre..... el sastre..... me pertenece..... aquí está todo lo que ha robado..... Que mire y vea..... que se atreva á negar..... aquí está todo!.....» Y desplegó una bandera compuesta de todas las piezas y retales que yo..... ¿me entiendes? Allí estaba todo..... paños de Tarrasa de primera..... de los finos de Segovia..... de Ezcaray..... de las mejores fábricas extranjeras..... y en telas de verano los ricos driles de hilo torzal..... unos blancos....., otros con cordoncillo carmesí..... otros azul.....; cutis finísimos..... telas de Nankín..... allí estaba todo..... Yo lo conocía, como si estuviera ahí para el corte..... y recordaba para quién había sido cada una de aquellas telas, piezas y retales..... ¡ay! ¡ay! ¡qué espanto!.....

—Pero, maestro..... una bandera.....

—¡Ay, Antonio de mi alma..... acércate..... acerca tu oído á mis labios.....; quiero decirlo bajito..... Aquella bandera..... cubría todo el mundo!.....

—Maestro, puesto que no ha habido ni tal muerte, ni juicio, ni bandera, y todo ha sido efecto de una pesadilla.....

—Si..... sí.....; mas para que no llegue á ser verdad, has de prestarme, Antonio, un especialísimo servicio. Siempre que haya de cortar has de venir á mi lado, y en cuanto adviertas que tiro ciertas líneas..... ¡ya me entiendes!..... has de decir: ¡Maestro, la bandera!

Y en hacerlo quedaron el sastre y el oficial, que prometió á su maestro guardar secreto acerca de tal confidencia.

Al día siguiente y en algunos de los sucesivos no fué precisa la advertencia del oficial: el sastre se acordaba de la terrible siesta, de la muerte con las tijeras, del juicio y de la bandera: cortaba á conciencia; pedía menos paño á los nuevos parroquianos y aun les volvía los retales.

Amortiguada la primera impresión, llegó ya el caso en que el oficial tuviese que decir: «¡Maestro, la bandera!» El sastre sentía un estremecimiento nervioso; recordaba las voces y la espantosa figura del demonio muy grande, y rectificaba las líneas del corte. Transcurrieron días, y llegó uno en que el maestro, recobrado del antiguo susto, por la fuerza de la mala inclinación y pésima costumbre, y sin temor á visiones en futuras siestas, dió al traste con sus buenos propósitos, volviendo para daño suyo á las andadas.

Recibió de un antiguo, rico y majencioso parroquiano algunas varas de paño para varias prendas de empeño y lucimiento. ¡Qué paño! Los admirables y suavísimos terciopelos que en la Edad Media salían de las Fábricas de Toledo, de los cuales se conservan asombrosas muestras en la Catedral, y los más preciados productos de la industria moderna, eran burdo pelote al lado de aquel portento de pañería. ¡Qué finura de hebra! ¡qué tejido tan admirable! ¡qué suavidad al tacto! Se crispaban los dedos del sastre al comprimir y estrujar aquella maravillosa tela haciendo pruebas de su elasticidad. ¡Y el tinte! Otro asombro para el maestro, que no recordaba haber visto dentro ni fuera de su taller algo que se le pareciese.

Tendió la pieza sobre la mesa de corte; tomó el jabón de líneas, y con semblante encendido por el júbilo y ojos encandilados á la vista de aquel encanto de lanería, trazó á derecha é izquierda de largo y tendido; empuñó las grandes tijeras, y se disponía á continuar en su mal propósito, cuando el oficial, todo consternado, exclamó: «¡Maestro..... la bandera!»

Estremecióse ligeramente el sastre y soltó las tijeras; pero fascinado por la vista del prodigioso tejido, las volvió á empuñar, diciendo:

—«¡Bah! de este paño no había en aquella bandera.

Y arremetió valiente con las líneas trazadas, sin cuidarse de que en otra siesta se le apareciese de nuevo el demonio grande con el inconmensurable pendón, aumentado con los retales del último corte.

No soy quien refiere por vez primera esta anécdota: la lei hace muchos años en un periódico quincenal, aunque poco ilustrado á la moderna, muy ilustrador á la antigua; y cuando él lo afirmaba, sabido se lo tendría.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.



UN PARALELO DE GIGANTES



En la *Historia de la Guerra de la Independencia* y su primer capítulo estampamos el párrafo siguiente:

«Para encontrar rivales á este Titán moderno, es necesario trasladarse á épocas remotísimas; y aun así, Alejandro, Aníbal y César tendrán que reunir en un solo símbolo lo levantado de sus pensamientos, lo emprendedor y hábil de sus estratagemas y lo sublime de sus cálculos, para componer la ingente figura de Napoleón Bonaparte.»

No pocos habrán tomado por hipérbole la manifestación de tal concepto para con el que la provoca y, de

todos modos, por osadía impropia en quien la expresa en forma tan rotunda; pero vamos á intentar la prueba de un aserto que esperamos resulte exacto por los datos y argumentos que presentemos para justificarlo.

Se ha hecho así como de moda en estos últimos años renovar la memoria del emperador Napoleón I con la publicación de las de muchos de sus generales y estadistas más conspicuos, hasta con las de oficiales de los ejércitos que, venciendo en veinte años de incesante trabajo y sangrienta lucha, le elevaron al poder supremo en Francia y al dominio de la mayor parte de la Europa continental. Si los generales y hombres de Estado, con la autoridad de camaradas ó cooperando á la grande obra del establecimiento y solidez de tan vasto imperio como el fundado por Napoleón, revelan en sus escritos, póstumos la mayor parte, el carácter extraordinario, los talentos excepcionales y los hechos podría decirse maravillosos que á grado tal de grandeza le encumbraron, también ponen de manifiesto las flaquezas de que no raras veces adoleció, los errores por él cometidos y los

reveses que sufriera, si con la digna severidad, algunos, de un estudio histórico, con la parcialidad, otros, y la injusticia de la pasión política, de las rivalidades y el despecho de su inferioridad. En los oficiales de sus ejércitos es donde se ven brillar la admiración, el entusiasmo y el valor que Napoleón inspiraba; con su talento, ofuscando á los enemigos; con sus maneras, enloqueciendo á los soldados; con sus triunfos, por fin, elevando á la Francia al pináculo de las más preciadas glorias. Las Memorias de los que miraron y conocieron á Napoleón desde las filas, en los puestos más oscuros y en las más humildes jerarquías de la milicia, son las en que pueden observarse mejor los efectos de aquella magia, imponente á la par que seductora, con que fascinaba á los no aprisionados en las redes de la envidia, á los valientes sin ambiciones bastardas y á los ingénuos inspirándose tan sólo en el amor desinteresado de la patria.

Si de las categorías de unos y otros podríamos citar muchos que dieron muestras de las encontradas opiniones á que nos referimos, expuestas cuando aun estaban calientes las cenizas del Grande hombre, protector de no pocos que le censuraron, son innumerables las Memorias publicadas ahora, constituyendo, como ha dicho recientemente un distinguido escritor, su catálogo el de una biblioteca no mal nutrida. No las vamos á describir ni comentar, porque sería trabajo tan enojoso como inútil para el objeto á que nos dirigimos: lo que sí haremos es sacar de ellas aquella *quinta esencia* que convenga á nuestro propósito en el presente paralelo al dar á conocer las semejanzas y diferencias que la historia pone de manifiesto entre el *primer Emperador de los franceses* y los insignes capitanes cuyas cualidades de carácter y virtudes militares hemos pretendido concentrar en su persona.

¿Quién no conoce á Alejandro como hombre y como adalid? ¿Quién ignora las causas de sus triunfos y las de sus extravíos y muerte? Una educación que se hace innecesario encomiar al saberse que fué dirigida por el incomparable filósofo de Stagira, no logró, sin embargo, arrancar de aquel corazón, donde hervía mezclada la sangre de los Hércules y Aquiles, las invencibles pasiones que, á la par de una magnanimidad verdaderamente soberana, habrían de ensorbercerle hasta insultar á los dioses suponiéndose igual á ellos, lo mismo en su grandeza que en sus extravíos y venganzas.

Aristóteles pudo, en efecto, contener los viriles ímpetus de su discípulo en los primeros años manifestados con un calor que no se cuidaba de moderar Filipo; pero la ausencia del preceptor y las victorias primeras precipitaron á Alejandro por el camino de violencias y excesos á cuyo término habría de hallar su prematura catástrofe.

No es ahí, sin embargo, donde vamos á buscar los términos de la comparación que nos hemos propuesto, por más que esas violencias de carácter pudieran hacerse aparecer en no pocos rasgos que han ennegrecido la magnanimidad también y las debilidades, á veces, del héroe corso. Los grandes pensamientos, los propósitos temerarios y las extraordinarias hazañas, ejecutadas por la fuerza de las más sublimes concepciones del talento y de la perseverancia más tenaz, serán objeto principal de un examen, atrevido, es cierto, y superior á nuestras fuerzas, aunque inspirándose en un deseo, creemos, tan laudable como sincero. El Macedón llevaba la ventaja del que nace en un trono, la de no necesitar méritos ni edad ni aprendizaje para obtener la jerarquía militar que á los demás exige el ejercicio del mando en el de las tropas, supliendo á tales condiciones, como al estudio y á la experiencia, el respeto y la veneración por todos reconocidos á su rango. Que cuando se sucede á un soberano como el padre de Alejandro, guerrero tan hábil y afortunado, político el más profundo de sus tiempos, eso sí, fundando sus cálculos en la doblez para llevarlos á ejecución sin escrúpulos ni

otro freno que el temor al fracaso de sus desapoderadas ambiciones, puede contarse con la obediencia más ciega y hasta el delirante entusiasmo de los que han de secundar propósitos que se dirijan á proseguir la magna obra de dominación y conquista con tal éxito emprendida por su antecesor. Así, Alejandro á los veinte años podía emprender la sumisión de la Tracia y la Iliria para inmediatamente después, y arruinada Tebas, ocupar el Atica y poderse considerar árbitro y aun señor de toda Grecia.

¿Qué de privaciones, de estudios y de servicios no nece-

sitó Napoleón para obtener autoridad semejante, prestigio parecido y resultados iguales en los ejércitos franceses de la Revolución!

Porque la pobreza de sus padres, la necesidad de su educación, la de contribuir á la de sus hermanos y las exigencias también de una carrera facultativa, lenta siempre y laboriosa, le mantuvieron largos años en la sombra, mejor compadecido de sus jefes y maestros que respetado ni siquiera envidiado de sus camaradas. ¿Cómo salir de tal obscuridad? Sólo rasgos de un talento que ciertamente se dió

desde luego á conocer en las filas del ejército, y actos que lo pusieron todavía más de manifiesto en la guerra, en forma y con éxitos que lograron sorprender á los caudillos mantenedores de la causa revolucionaria en las fronteras de la Francia, hicieron ver en el artillero Napoleón Bonaparte á quien podría salvarla de tanto y tanto enemigo como trataba de ahogarla en todas ellas. Y las campañas de Italia confirmaron esas esperanzas concebidas en Tolón, y el nuevo general obtuvo, si no la jerarquía, la autoridad, esa sí, y el prestigio que el nacimiento y sus primeras hazañas habían proporcionado al héroe macedónico. Hasta Rivoli y Léoben había tenido que resistir las sospechas de los Convencionales, venderlos en las calles de París, desbaratar cinco ejércitos enemigos, imponer una paz gloriosísima para su patria, y, aun así, la mayor y más honrosa recompensa fué la que le otorgaron los soldados proclamándole su *petit caporal*. Como Ale-

jandro al comenzar su reinado había sometido la Grecia, Napoleón imponía la paz al Papa, al Rey de Cerdeña, á los Duques de Parma, Módena y Toscana, al Emperador, por último, que, al firmar el tratado de Campo-Formio, cedía á la Francia el Véneto, el Milanésado y los Países Bajos austríacos con toda la orilla izquierda del Rin. ¿Quién, pues, Alejandro ó Napoleón, había tenido que arrostrar y vencer mayores dificultades para adquirir la fuerza moral necesaria en las grandes, en las extraordinarias empresas cuyo pensamiento abrigaban uno y otro?



LA DESPEDIDA.—DE FOTOGRAFÍA DE H. SPINK.

En los dos, lo excepcional, lo maravilloso es lo que enciende sus corazones, lo que embarga su alma. Alejandro no duda, ni tiene para qué dudar en la elección del camino que ha de conducirle á la meta de sus ambiciones. Á satisfacerlas con hartura le incita la vista del Asia, de que le separa tan sólo el Helesponto, y el ansia de vengar á la Grecia de las invasiones médicas, aun habiendo sido con tanta gloria rechazadas en Marathón y Salamina, en Platea y Mycale. Y el Gránico, cuyo paso le abrió las puertas del Asia Menor; Issus, que, haciéndole dueño de Sidón y Tiro, le facilitó la entrada en Egipto y la fundación de la todavía importante ciudad á que dió su nombre, así como la de la Libia, de donde habría de salir divinizado, y Arbelles, por fin, tumba, puede decirse, de Darío y trono de la Persia, condujeron á Alejandro á Babilonia, la Bactriana y la India, que acabó por conquistar con su triunfo sobre Poro y cautivó con su magnanimidad. Tan brillante, victoriosa y feliz jornada de diez años, en que no se sabe qué admirar más, si lo enérgico ó lo sublime de su acción militar, si lo fascinador de episodios como el sitio de Tiro, el arranque genial del *nudo gordiano*, la visita al templo de Júpiter Ammón, y aquella mezcla de generosidades y crueldades, de continencias y excesos los más extravagantes y vergonzosos, elevaron la grandeza y la fama de Alejandro hasta hacerle y hasta que se le haya considerado como el soberano más poderoso en armas y señorío, el más insigne capitán y héroe incomparable de la antigüedad.

Pero ¿es que la expedición de Bonaparte á Egipto, las batallas de las Pirámides y del Monte Thabor, el paso del mar Rojo y aun el sitio de San Juan de Acre, con ser desgraciado y todo, no revelan un carácter, un talento y una ambición de gloria tan orientales, tan clásicos y sublimes como la condición y el genio de Alejandro? ¿Es que el intento de desembarco en Inglaterra y la invasión de Rusia no son muestra elocuentísima de esa misma elevación de pensamientos, de la aspiración sentida igualmente por los dos héroes á contarse en el número de aquellos campeones divinizados por Homero y los rapsodas sus sucesores? Los tiempos eran muy distintos: si los medios ofensivos eran superiores en la edad moderna, lo eran en mayor grado los obstáculos opuestos á las aventuras militares que la civilización, el desarrollo de las ciencias, las nuevas armas y el arte de la guerra iban por días aumentando en fuerza para la defensa de los Estados. La política, además, la facilidad de las comunicaciones y la concentración y comunidad de intereses entre los pueblos, facilitaban el mutuo acuerdo entre ellos, apercibiéndose así todos para rechazar y vencer al que se atrevía á amenazarlos. Austerlitz, sin embargo, Jena, Friedland, Wagram y la Moskowa no deben temer la comparación con el Gránico y Arbelles, ni el ciclo napoleónico la de la década alejandrina por el número y la importancia de las naciones invadidas y conquistadas. La antigüedad dará á las hazañas de Alejandro el carácter y el tinte, si se quiere, mitológicos que la leyenda, mejor que la historia y las gestas, envuelve en una penumbra donde el misterio agranda y ennoblece las acciones de sus predilectos; pero, aun vistas á la esplendente luz de los nuevos tiempos, en que se deja percibir la menor mancha, la sombra más tenue, los triunfos conseguidos por Napoleón en Italia, en Austria, el Rhin y el Niemen serán siempre conmemorados como

otros tantos éxitos de un genio militar, único ahora y rival feliz de los que más descuellan en el vasto campo de las tradiciones históricas.

En él aparecen también los alcanzados por Aníbal, que son de muy otra índole, como de capitán cuyo genio brilló con caracteres y rasgos propios tan sólo de su excepcional personalidad. De abolengo militar, como hijo de Amílcar, el conquistador de todo nuestro litoral levantino hasta el Ebro y quizás hasta el Pirineo, si abrigó los pensamientos como los odios de su padre, pudo continuar aquéllos y satisfacer éstos con una fortuna que puso la existencia de Roma á dos dedos de su ruina. Y eso por la energía de su carácter, con un valor insuperable y una habilidad tan rara en los campos de batalla como en el uso de estratagemas que le sacaron á salvo en los trances más difíciles. Esas cualidades le valieron la gloria, por nadie hasta entonces ni después adquirida, de mantenerse dieciséis años en un país enemigo, rodeado de ejércitos, que con decir que eran romanos basta para hacer ver qué de dificultades tendría que superar, qué de asaltos resistir y de peligros que conjurar. La tenacidad de su carácter se puso á prueba en su primera empresa memorable, la del sitio de Sagunto, cuyas peripecias y horrible desenlace no hemos de recordar, constituyendo una de las glorias más puras de la nación española. Su osadía, mejor que en los combates, se puso de relieve en jornadas como la del paso del Ródano y los Alpes con la pesada y torpe *impedimenta* de los ejércitos de su tiempo y la extraordinaria de los elefantes, instrumento de guerra inconcebible para manejarlo entre las rocas y las nieves de tan empinados montes. Su habilidad, rigurosamente militar, la experimentaron los Cónsules en la Trebbia, el Trasimeno y Cannas con la destrucción de los ejércitos más numerosos que Roma había logrado reunir. Sus estratagemas, por fin, si aprendidas algunas en España, ofrecieron, en su mayor parte, tal carácter de originalidad, en la misma de Casilinum principalmente y en la derrota de Minucio, que la Dictadura restablecida para vencerle, aun ejerciéndola un Fabio Máximo, hubo de devolver su autoridad absoluta á los Cónsules que pusieron en mayor peligro todavía á la República.

Porque si después de Cannas hubiera Aníbal marchado decididamente sobre Roma, muy otros habrían sido los destinos del mundo antiguo y de la humanidad entera. Un dios, como dice Plutarco, ó un genio debió ponerse delante de Aníbal y detenerle; que de haber seguido el consejo de sus tenientes, hubiera entrado en Roma con los fugitivos y, como le decían, cenara aquella noche en el Capitolio.

El paso de los Alpes tiene su comparación en el ejecutado por Bonaparte para la batalla de Marengo, reñida no lejos de la Trebbia. En ese paso no hallarían los trenes franceses menos dificultades que los elefantes para luego bajar al país clásico de los combates, así en las edades modernas como en las antiguas. En él lucieron su talento y habilidad uno y otro, Napoleón y Aníbal, el arte campal en las grandes acciones, la estrategia y los ardides para prepararlas y distraer, turbar y hundir el ánimo del enemigo en las perplejidades precursoras de su vencimiento. Si la marcha después de las operaciones exigió en las campañas de Napoleón rumbo distinto, dirigiéndolo al golfo de Venecia y la Iliria, fué porque era el Austria el enemigo á quien debía combatir. Aníbal iba contra Roma; y, como era natural, se enca-



PAISAJE DE ESCOCIA.—POR J. F. WATTS.

minó al Sur, después de haber dominado la Galia cisalpina y cruzado el Rubicón para, envolviéndola, someter la Italia entera. Pero si el Cartaginés marcaba sus pasos con victorias como las del Trasimeno y Cannas, no poco distanciadas según la índole de aquella guerra y la acción contrapuesta de Fabio, tan eficaz como prudente, los triunfos de Bonaparte se sucedieron con pasmosa rapidez, repitiéndose hasta dos y tres en solo un día. Y en ellos no se sabe qué admirar más, si esa misma actividad, si lo hábil de unas maniobras que sorprendían á sus enemigos, divididos y perplejos al emprender las suyas, ó la violencia con que atacaba á unos mientras detenía á otros, para aplastarlos á todos con el número que tal sistema le consentía reunir en el momento decisivo de la jornada. El valor revelado en Arcole, la estratagema usada en Lonato y el sinnúmero de combates, felices todos, reñidos en cada uno de los pasos de montes y ríos que accidentan la extensa región del Norte de Italia en la izquierda del Po, bastan con sola su manifestación para ver en el general de la República francesa un caudillo superior al con que Cartago se propuso humillar el orgullo, harto legítimo, de las legiones romanas. Como Sempronio, Flaminio, Minucio y Varrón en la Trebbia, el Trasimeno, el Vulturno y Cannas, fueron vencidos Beaulieu, Colli, Wurmser, Alvinzi y el archiduque Carlos en Dego, Mondovi, Lodi, Lonato y Castiglione, en Roveredo y Bassano, en Arcole, por fin, y Rívoli, la Favorita y el Tagliamento. Para nosotros, el mayor mérito de Anibal estuvo en mantenerse tantos años en Italia aun después de sus fatales inacciones de Capua y la derrota de su hermano en el Metauro, mérito bien compensado, por su restante historia militar, en Napoleón, que ni aun dejó de mostrarse otro Fabio en su campaña de 1807, digna, con efecto, del admirable bronce tallado por Denón con su busto al frente y el del *Cunctator* en el reverso. Anibal, además, que sabía vencer, descuidaba el fruto de su victoria; y Napoleón hacía la conquista de un imperio en una sola batalla, no deteniéndose hasta obtener del enemigo la confesión de su aniquilamiento y con ella el premio de los esfuerzos desplegados en toda su campaña para conseguirlo.

Algo debiera haber de parecido entre Alejandro y César, cuando Plutarco hizo su paralelo, perdido poco después de escrito. Nosotros no hallamos esa semejanza en el genio ni en la historia del príncipe griego y el dictador romano. Son, por el contrario, naturalezas, las de ambos, encontradas, en que ni la del general, ni la del estadista, ni aun la moral conforman; sólo en la del soldado se parecen. Y aun en esa, como en el mando, impera en Alejandro el valor temerario, no pocas veces irreflexivo, cuando César al exponer la vida, lo hace en los momentos precisamente en que al sacrificio que de ella ofrece han de responder la disciplina de las legiones, un éxito hasta entonces dudoso, la feliz terminación de una jornada decisiva para su propia salud y la del ejército que manda, la de la causa que ha abrazado. Sin eso se ve siempre en César al caudillo fríamente calculador, enérgico é insistente en el ataque é imperturbable en los reveses, pero fiando siempre su fortuna al mayor número de probabilidades de sujetarla á la elevación de pensamientos y á la experiencia que son patrimonio de su genio y estudios.

¡Creación excepcional de la naturaleza, envidiable y envidiada en todas sus manifestaciones!

Por eso César ha sido objeto de admiración de célebres

capitanes, de estadistas y oradores, de historiadores y poetas. Napoleón I, al juzgarle, prodiga los elogios que le merece, y, al imitarle en no pocas de sus cualidades, revela el sin igual concepto en que le tiene. Napoleón III en sus calculados pasmos exclama: «Este objeto (el suyo al escribir su no terminada obra) es el de probar que cuando la Providencia hace surgir hombres como César, Carlomagno, Napoleón, es para trazar á los pueblos el camino que deben seguir, marcar con el sello de su genio una era nueva, y completar en algunos años el trabajo de varios siglos.»

Y hé aquí provocado el paralelo de Napoleón y César, si con el ambicioso objeto de mostrar en el sucesor del primero un nuevo Augusto, con el resultado, al fin, de hacer patentes al mundo moderno cualidades que en el antiguo merecieron el aplauso, el engrandecimiento, la fascinación, la deificación misma de un sér verdaderamente excepcional que se quiere resucitar en otra personalidad que brilla en la historia contemporánea y vivirá con su semejante en lo futuro hasta las más remotas edades. Napoleón obtiene del pueblo francés las mismas si no más significativas muestras de su favor que César de los romanos; igual entusiasmo en sus primeros triunfos, desdenes parecidos ante la denuncia, calumniosa ó no, de sus ambiciones personales, la admiración, después, de hazañas que engrandecían el territorio y la gloria, allá del *pueblo rey*, aquí de la *Gran Nación*, el pasmo, en fin, y el encumbramiento á las más altas dignidades, al poder supremo, según las leyes, las instituciones y el orgullo de cada uno de los dos países.

César comienza á figurar en el foro y las conspiraciones, no pudiendo olvidarse de que es sobrino de Mario y que Roma gime bajo el despótico é inhumano azote de Sila, á quien trata en vano de ofuscar con lo afeminado de sus atavíos y traeres, con lo insustancial y frívolo de su conducta. Napoleón se hace notar por lo austero de sus costumbres en las clases inferiores de la Milicia, de las que sale en Tolón con un rasgo de inteligencia y actos de valor que le aseguran días de gloria y un porvenir envidiable. Es necesario que muera Sila para que César se presente en el palenque político, donde con su elocuencia y sus prodigalidades conquistará el favor del pueblo romano, posiciones en que influir en los asuntos públicos y rango en las legiones para acreditarse de caudillo tan hábil como valeroso; del mismo modo que el mando de la artillería en el ejército de Italia hace presentir en Napoleón al general que va á llevar las armas francesas de victoria en victoria del Apenino á la Carintia, de las fuentes del Po á las del Drave. De la cuestura en España subió César al consulado para formar con Pompeyo y Craso el famoso triunvirato que hizo ilusorios los privilegios del *pueblo rey*; obteniendo el gobierno de la Galia, cuya total conquista en siete admirables campañas, sabiamente descritas en sus no menos ponderados *Comentarios*, fué la señal de la infausta guerra civil, á cuyo término apareció la dictadura y con ella y tras de ella la tiranía y el despotismo imperial. ¿Quién no ve ese mismo camino en la carrera político-militar de Napoleón? Cónsul con Cambacères y Lebrún después de la expedición á Egipto y del 18 brumario; cónsul perpetuo tras la jornada de Marengo y los tratados de Lunéville y Amiens, y emperador en 1804, parecía seguir los pasos de César al cruzar el Rubicón, vencer á Affranio y Petreyo en Lérica y al mismo Pom-



RECUERDOS.—CUADRO DE FRANCISCO NARBONA.

peyo en Farsalia. Y bien pueden compararse por sus excelencias militares Ulma, Austerlitz, Jena y Friedland, Wagram y la Moskowa, con la coronación de Cleopatra en Egipto, el destrozamiento del hijo de Mithridates en el Ponto, la victoria de Thapso en África y la más decisiva aún de Munda, que acabó de elevar al más alto grado la reputación militar de César y de asegurarle en uno que la posteridad ha considerado como el primer imperio del mundo romano.

No es, pues, caprichoso el título de Nuevo César con que suele darse á conocer á Napoleón, si tan hábil como el romano en la dirección de las operaciones de la guerra, tanto también ó más en la del gobierno político del Imperio, en el establecimiento y progreso de sus instituciones civiles, científicas y legislativas. Son muchas las coincidencias que pueden observarse en las cualidades de uno y otro, y los dos parecen entrañar en su genio el de las épocas en que brillaron, si tan distantes en el orden del tiempo, poniendo de manifiesto que, merced á la luz con que llegaron á iluminar la era propia de cada uno de ellos, Napoleón como César presiden en Francia y Roma á la destrucción de la anarquía, á la vuelta al orden social y á la regularidad de las funciones del Estado, obra acabada del carácter, talento y prestigio que ambos atesoraban.

De vivir Napoleón cuando Alejandro y César, hubiera sido, como ellos, contado en el número de los inmortales, huésped del Olimpo, ya que, otro Júpiter tonante, manejaba el rayo para destruir pueblos, desmoronar imperios é imponer, cuando no, leyes á capricho allí donde fijaba su mirada de águila. Sólo uno de esos pueblos se atrevió á arrostrarla

sin temor ni vacilaciones siquiera, el pueblo español; y el que tales estragos producía en los más potentes del mundo civilizado, hubo de acabar confesando sus injustificados atropellos, su ya irremediable error y la demencia de sus ambiciones, causa de la ruina del imperio por él fundado, y de su propia desgracia. Y no es, no, que Waterloo fuese la Zama de Napoleón por no haber sido tampoco diferentes las consecuencias de tan decisivos desastres; que, al hacer en Santa Elena el examen de sus errores, reveló bien elocuentemente tener por el mayor de ellos la guerra de España que, según decía, *le había perdido, estando sujetas á aquel nudo fatal las circunstancias de todos sus desastres*. Es una gloria que nada podrá arrebatár al pueblo español; ni la envidia y el orgullo de los demás, ni las vicisitudes de los tiempos, bien tristes después para nosotros. Y esa gloria es tanto mayor, tanto más lisonjera al honor nacional y á la memoria de nuestros padres, cuanto que fué alcanzada contra las innúmeras legiones y á despecho del genio más extraordinario que la guerra ha sacado á luz de entre sus enrojecidas nieblas.

Ya creemos haberlo demostrado: las grandiosas concepciones de Alejandro, las habilidades de Anibal y el arte privativo, hasta entonces, del talento militar y político de César, si no en la obscuridad de tan remotas edades, porque su brillo y sus resultados la mantendrán siempre rota y desvanecida, han quedado así como en la penumbra al aparecer en su esfera, ya histórica, si así cabe llamarla, un astro de tal magnitud como el que representa á Napoleón, llenándola con su nombre, su influjo y su gloriosísima aureola.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

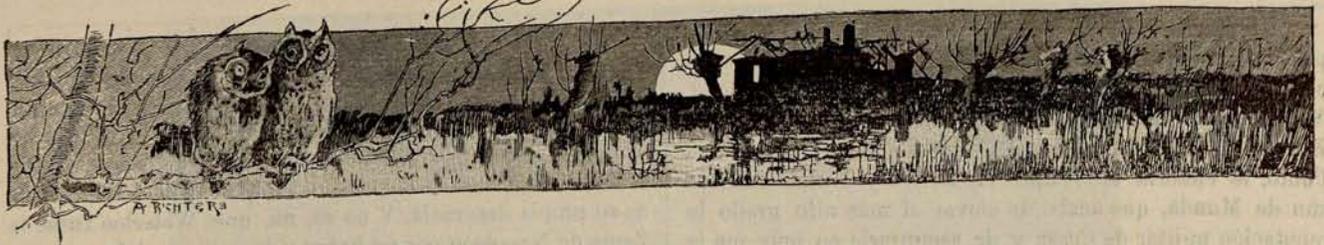
MIRAR DE LINCE

FÁBULA

Un águila y un lagarto
 Á enhiesta cima subieron,
 Aquella rompiendo nubes,
 Éste modelando cieno.
 Y un lince que los miraba
 Dijo para sus adentros:
 —Si en examen riguroso
 Depurara yo los méritos,
 Al pan, pan, y al vino, vino,
 Del que sube á cualquier puesto,
 Más de un reptil encumbrado
 Por fangoso vericuetos
 Resultara del examen
 Ó reprobado ó suspenso.

ABDÓN DE PAZ.





VIAJE REDONDO

CUENTO FANTÁSTICO



A madre y el hijo entraron en la iglesia. Era en el campo, á media ladera de una verde colina desde cuya meseta, coronada de encinas y pinares, se veía el Cantábrico cercano. El templo ocupaba un vericuetto, como una atalaya, oculto entre grandes castaños; el campanario vestusto, de tres huecos — para sendas campanas obscuras, venerables con la pátina del

óxido místico de su vejez de munis ó estilitas, siempre al aire libre, sujetas á su destino — se vislumbraba entre los penachos blancos del fruto venidero y los verdores de las hojas lustrosas y gárrulas, movidas por la brisa, bayaderas encantadas en incesante baile de ritmo santo, solemne. Del templo rústico, noble y venerable en su patriarcal sencillez, parecía salir, como un perfume, una santidad ambiente que convertía las cercanías en bosque sagrado. Reinaba un silencio de naturaleza religiosa, consagrada. Allí vivía Dios.

A la iglesia parroquial de Lorezana se entraba por un pórtico, escuela de niños y antesala del cementerio. En una pared, como adorno majestuoso, estaba el ataúd de los pobres, colgado de cuatro palos. Debajo dos calaveras relucientes como bajo relieve del muro, y unas palabras de Job.

La puerta principal, enfrente del altar, bajo el coro, era, según el párroco, *bizantina*; de arco de medio punto, baja, con tres ó cuatro columnas por cada lado, con fustes muy labrados, con capiteles que representaban malamente animales fantásticos. Aquellas piedras venerables parecían pergaminos que hablaban del noble abolengo de la piedad de aquella tierra.

El templo era pobre, pequeño, limpio, claro; de una sencillez aldeana, mezclada de antigüedad augusta, que encantaba. En la nave, el silencio parecía reforzado por una oración mental de los espíritus del aire. Fuera, silencio; dentro, *más* silencio todavía; porque fuera las hojas de los castaños, al chocar bailando, susurraban un poco.

Dos lámparas de aceite, estrellas de día, ardían delante de altares favoritos. Á la Virgen del altar mayor la iluminaba un rayo de sol que atravesaba una ventana estrecha de vidrios blancos y azules.

Sobre el pavimento, de losas desiguales y mal unidas, quedaban restos del tapiz de grandes espadañas por allí esparcidas pocos días antes al celebrar una fiesta; la brisa, que entraba por una puerta lateral abierta, movía aquellas hojas marchitas, largas, como espadas rendidas ante la fe; un gorrión se asomaba de vez en cuando por aquella puerta lateral, llegaba hasta el medio de la nave, como si viniera á convertirse, y al punto, pensándolo mejor, salía como una flecha, al aire libre, al bosque, á su paganismo de ave sin conciencia, pero con alegre vida.

En el presbiterio, á la derecha, sentado en un banco, el cura, anciano, meditaba plácidamente leyendo su breviario. No había más alma viviente en la iglesia. El gorrión y el cura.

Entraron la madre y el hijo, santiguándose, húmedas las yemas de los dedos con el agua bendita tomada á la puerta.

Á los pocos pasos se arrodillaron con modestia, temerosos de ser importunos, de interrumpir al buen sacerdote que se creía sólo en la casa del Señor.

En medio de la nave se arrodillaron. La madre volvió la cabeza hacia el hijo, con un signo familiar; quería decir que empezaba el rezo; era por el alma del padre, del esposo perdido. Ella rezaba delante, el hijo representaba el coro y respondía con palabras que nada tenían que ver con las de la madre; era aquel diálogo místico algo semejante á los cuadros de ciertos pintores cristianos de Italia, de los primitivos, en los que los santos, las figuras, asisten á una escena

sin saber unos de otros, sin mirarse, todos juntos y todos á solas con Dios. Así estaba el cura, sin saber del gorrión que entraba y salía, ni de la madre y el hijo que oraban allí cerca.

Entonces comenzó el milagro.

Llegó el rezo á la meditación. Cada cual meditaba aparte. La madre por el dolor de su viudez llegaba á Dios en seguida, á su fe pura, suave, fácil, firme, graciosa.

El hijo..... tenía veinte años. Venía del mundo, de las disputas de los hombres. La muerte de su padre le había herido en lo más hondo de las entrañas, en el núcleo de las energías que nos ayudan á resistir, á esperar, á venerar el misterio dudoso. Á veces le irritaba la resignación de su madre ante la común desgracia; sentía en sí algo de la hiel de Hámlet; veía en el fervor religioso de su madre el rival feliz de su padre muerto.

Era estudiante, era poeta, era soñador. Su alma no se había separado de la fe de su madre en arranque brusco, ni por desidia y concupiscencia; como el gorrión en la iglesia aldeana, su espíritu entraba y salía, en la piedad ortodoxa..... Leía, estudiaba, oía á maestros de todas las escuelas; su absoluta sinceridad de pensamiento le obligaba á vacilar, á no afirmar nada con la fuerza que él hubiera sabido consagrar al objeto digno de una adhesión amorosa definitiva, inquebrantable. Padeía en tal estado, consumía en luchas internas la energía de una juventud generosa; pero por lo pronto sólo amaba el amor, sólo creía en la fe, sin saber en cuál; tenía la religión de querer tenerla. Y en tanto, seguía á la madre al templo donde sabía que estaba cumpliendo una obra de caridad sólo al complacer á la que tanto quería. Además, su alma de poeta seguía siendo cristiana; los olores del templo aldeano, su frescura, su sencillez, el silencio místico, aquella atmósfera de reminiscencias voluptuosas de la niñez creyente y soñadora le embriagaban suavemente; y sin hipocresía se humillaba, oraba, *sentía* á Jesús, y repasaba con la idea las grandezas de diez y nueve siglos de victorias cristianas. Él era carne de aquella carne, descendiente de aquellos mártires y de aquellos guerreros de la cruz. No, no era un profano en la iglesia de su aldea, á pesar de sus inconstantes filosofías.

La madre, del pensamiento del padre muerto pasaba al pensamiento del hijo....., acaso amenazado de muerte más terrible, de muerte espiritual, de impiedad ciega y funesta. Recordaba las lágrimas de Santa Mónica; pedía á Dios que iluminase aquel cerebro en donde habían entrado tantas cosas que ella no había transmitido con su sangre, que no eran de sus entrañas. En sus dolorosas incertidumbres respecto de la suerte moral de su hijo, su imaginación se detenía al llegar á la idea de la posible condenación. Aquel infinito terror, sublime por la inmensidad del tormento, no llegaba á dominarla, porque no concebía tanta pena. ¡El infierno para su hijo! ¡Oh! no, imposible. Dios tomaría sus medidas para evitar aquello. Las almas eran libres, sí; podían escoger el mal, la perdición.....; pero Dios tenía su Providencia, su Bondad infinita. El hijo se le salvaría. ¡A la oración! ¡A la oración para lograrlo!

Los dos, absortos, llegaron á olvidarse del tiempo, á salir

de la sombra del péndulo que va y viene, en la cárcel del segundo que mide, eterno presidiario. Aquél fué el milagro. La previsión, el temor que imagina vicisitudes futuras, se cuajaron en realidad; se les anticipó la vida, en aquellos instantes de meditación suprema.

Para el hijo, el argumento poético de la fe se iba alejando como una música guerrera que pasa, que habla, cuando está cerca, de entusiasmo patriótico, de abnegación feliz, y después al desvanecerse en el silencio lejano deja el puesto á la idea de la muerte solitaria. El no pensar en los grandes problemas de la realidad con el acompañamiento sentimental de los recuerdos amados, de la tradición sagrada, llegó á parecerle un deber, una austera ley del pensamiento mismo. Como el soldado en la guerrilla se queda solo ante el peligro, acompañado de las balas enemigas, ya sin la patria, que no le ve en aquella agonía, sin música animadora, sin arengas, sólo con la guerra austera, como la pinta Coriolano el de Shakespeare, así aquel pensador sincero se quedaba solo en el desierto de sus dudas, donde era ridículo pedir amparo á una madre, á la infancia pura, como lo hubiera sido en un duelo, en una batalla. Buena ó mala, próspera ó contraria, no había allí más ley que la ley del pensar. Lo que fuera verdadero, aunque fuera horroroso, eso había que creer. Como el valiente que lo es de veras, no cree tener un amuleto que le libra de las balas, sino que se mete por ellas seguro de que pueden pasar por su cuerpo como pasan por el aire. Así pensaba, con valor; pero la juventud se marchitaba en la prueba; el corazón se arrugaba, encogiéndose. Dudando así, escapaba la vida. Las ilusiones sensuales perdían el atractivo de su valor incondicional; al hacerse relativas, precarias, se convertían en una comedia alegre por su argumento, triste por la fatal brevedad y vanidad de sus escenas. No se podía gozar mucho de nada. La ilusión del amor puro, de la mujer idealizada, se desvanecía también; sólo quedaban de ella jirones de ensueño flotando dispersos, desmadrados á ras de tierra, como el humo de la locomotora, el que huye por los campos con patas de araña gigante, disipándose un poco más á cada brinco sobre los prados y entre los setos.....

La lógica lo quería; si la gran *Idea* era problema, ensueño tal vez, la mujer-ensueño era fenómeno pueril, vulgaridad fortuita en el juego sin sentido y sin gracia de las fuerzas naturales.....

Quedaba la naturaleza. Y el pensador, que ya no esperaba nada del amor, del cielo vaporoso, fantástico, se puso á amar el terruño y su producto con la cabeza inclinada al suelo. Fué geólogo, fué botánico, fué fisiólogo..... El mundo natural sin la belleza de sus formas aparentes todavía puede mostrarse grande, poético, pero triste, á veces horroroso en su destino, como un Edipo; la naturaleza llegó á figurársela como una infinita orfandad; el universo sin padre, daba espanto por lo azaroso de su suerte. La lucha ciega de las cosas con las cosas; el afán sin conciencia de la vida, á costa de esta vida; el combate de las llamadas especies y de los individuos por vencer, por quedar encima un instante, matando mucho para vivir muy poco, le producía escalofríos

de terror: eterna tragedia clásica, con su belleza sublime, misteriosa, sí, pero terrible.

Pasaba la vida, y como en una miopía racional, el espíritu iba sintiéndose separado por nieblas, por velos, del mundo exterior, plástico; volvían, con más fuerza que en la edad de los estudios académicos, las teorías idealistas á poner en duda, á desvanecer entre sutilezas lógicas la realidad objetiva del mundo; y volvía también con más fuerza que nunca la peor de las angustias metafísicas, la inseguridad del criterio, la desconfianza de la razón, dintel acaso de la locura. Un doloroso poder de intuición demoledora y de análisis agudo, como una fiebre nerviosa, iba minando los tejidos más íntimos de la conciencia unitaria, consistente; todo se reducía á una especie de polvo moral, incoherente, que por lo deleznable producía vértigo, una agonía....



El pensamiento de la madre, en tanto, volaba á su manera por regiones muy diferentes, pero también siniestras, obscuras. El hijo se le perdía. Se apartaba de ella, y se perdía. Muy lejos, ella lo sentía, vivía blasfemando, olvidado del amor de Dios, enemigo de su gloria. Era como si estuviera loco; pero no lo estaba, porque Dios le pedía cuenta de sus actos. Era un malvado que no mataba, ni robaba, ni deshonoraba.... no hacía mal á nadie, y era un malvado para Dios. Y ella rezaba, rezaba, rezaba para sacarle de aquel abismo, para atraerle al regazo en que había aprendido á creer. Cosa rara; le veía en tierra, de rodillas, en un desierto, como un anacoreta, sin comer, sin beber, sin flores que admirar, sin amores que sentir, triste, solo, de hinojos siempre, las manos levantadas al cielo, los ojos fijos en el polvo, esperando sin esperanza; maldito y á su modo inocente, réprobo sin culpa, absurdo doloroso para las entrañas de la madre y de la cristiana.

«Más vale enterrarlo», pensaba ella. «Que viva poco y de prisa, si ha de vivir así.» Y ella misma le iba haciendo la sepultura, arrojando nieve en derredor del cuerpo inmóvil del anacoreta condenado; en vez de tierra, nieve. Ya caía nieve sobre él, ya le llegaba á los hombros, ya le cubría la cabeza.... ¡Señor, sálvale, sálvale, antes que desaparezca bajo la nieve en que le sepulto!



En una crisis del espíritu del hijo, las cosas empezaron á tener un doble fondo que antes no les conocía. Era un fondo así, como si se dijera, musical. Mientras hablaban los hombres de ellas, ellas callaban; pero el curioso de la realidad, el creyente del misterio, que, á solas, se acercaba á espiar el silencio del mundo, oía que las cosas mudas cantaban á su modo. Vibraban, y esto era una música. Se quejaban de los

nombres que tenían; cada nombre una calumnia. La duda de la realidad era un juego de la edad infantil del pensamiento humano; los hombres de otros días mejores apenas concebían aquellas sutilezas. Todo se iba aclarando al confundirse; se borraban los letáneos en aquel *jardín botánico* del mundo, y aparecía la evidencia de la verdad sin nombre. Ya no se sabía cómo se llamaba en griego el árbol de la ciencia, que ahora no servía de otra cosa que de fresco albergue, de sombra para dormir una dulce siesta, confiada, de idilio. Volvía, de otra manera, la fe; los símbolos seguían siendo venerables sin ser ídolos; había una dulce reconciliación sin escritura ni estipulaciones: era un tratado de paz en que las firmas estaban puestas debajo de lo inefable.

Lo que no volvía era el entusiasmo ardiente, la inocencia graciosa en el creer; había un hogar para el alma, pero el ambiente, en torno, era de invierno. Los años no se arrepentían.



La madre sintió que el alma se le aliviaba de un peso horrendo. Cesó la pesadilla. La brisa le trajo hasta el rostro aromas del bosque vecino; en cuanto gozó aquella dulzura pensó en el hijo, no según le veía en sus ensueños; en el hijo que meditaba á su lado. Volvió hacia él suavemente la cabeza. El hijo también miró á la madre.... Apenas se conocieron. El hijo era un anciano de cabeza gris; la madre un fantasma decrepito, una momia viva, muy pálida. El hijo se puso en pie con dificultad, encorvado; tendió la mano á la madre y la ayudó á levantarse con gran trabajo; la pobre octogenaria no podía andar sin el báculo del hijo querido, viejo también, si no decrepito.

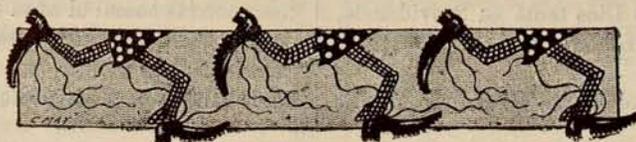
Le besó en la frente. Se santiguó con mano trémula frente al altar mayor; comprendía y agradecía el milagro. El hijo volvía á creer, había hecho el *viaje redondo* de la vida del pensamiento; no había más sino que en aquella lucha se había gastado la existencia; él ya era un anciano, y ella, por otro portento de gracia, vivía en la extrema decrepitud, próxima al último aliento, pero feliz, porque había durado hasta ver al hijo otra vez en el regazo de la fe materna. Sí, creía otra vez; no sabía ella cómo ni por qué, pero creía otra vez. Se acercaron á la puerta de columnas labradas con extraños dibujos; tomó la madre agua bendita de la pila y la ofreció al hijo, que humedeció la frente arrugada y cubierta de nieve.

En el pórtico se detuvieron. La madre no podía andar, abrumada por el cansancio. Sonrió, tendiendo la mano hacia el ataúd de los pobres, una caja de pino, sucia, manchada de lodo y cera, colgada en el muro blanco.

Y con voz apagada, al perder el sentido, la anciana feliz exclamó:

— ¡En esa....., mañana..... en esa!

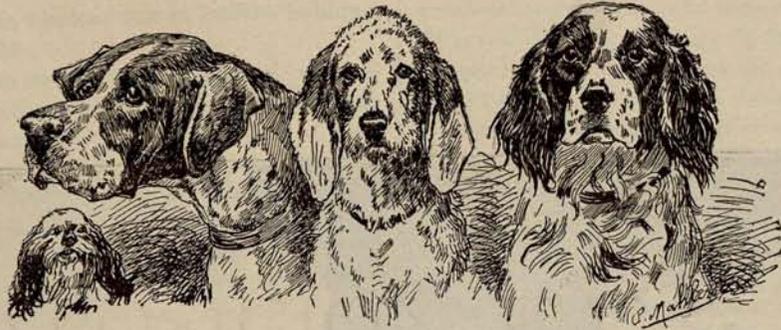
CLARÍN.





EL CONVALECIENTE.

Don la casa de Cuba.
Con un ambiente de paz y amor.
El convaleciente en su
habitación con plantas
y flores.
Hacia el interior de la casa.



EXPOSICIÓN CANINA

(1895)

Llegó hasta Valladolid
La noticia peregrina
De una Exposición canina
Próxima á abrirse en Madrid,
Y, de viajar con anhelo
Y ver de lo que se trata,
Una detrás de otra pata
Se vino á Madrid *Canelo*.
El can vallisoletano
Meditaba en el camino:
«No es tan perro nuestro sino
Como el del género humano.
Él, que con todo tropieza,
Hacia nosotros, más justo,
Da prueba de su buen gusto
Premiando nuestra belleza,
Nuestra dulce sumisión,
Nuestra grata compañía,
Nuestro arrojo y valentía,
Nuestra heroica abnegación.
No habrá nadie que se asombre
Cuando yo diga, y no yerro,
Que eternamente fué el perro
El grande amigo del hombre;
Su custodio en el hogar,
En la caza su ayudante,
Amparo del caminante
Por la tierra y por el mar,
Buscó su hacienda perdida,
Vivió ufano con guardarla,
Contribuyó á acrecentarla,
Y al consagrarle su vida
Perdió por él paz y sueño,
Por él renunció al amor

Y hasta murió de dolor
Al ver morir á su dueño.
Reconociéndolo así,
Hoy nos premia y nos regala:
La humanidad no es tan mala
Como es fama por ahí »
En esto llegó á la corte
Y subió rápidamente
La cuesta de San Vicente
Desde la estación del Norte.
Vió á un niño en una explanada,
Hacia él corrió con cariño,
Y vió con dolor que el niño
Le lanzaba una pedrada.
Quiso ver la Exposición,
Y, desde el primer momento,
Adquirió el convencimiento
De que era una decepción,
Pues, por la pedrada ducho,
Juzgó poco conveniente
Que en la puerta un dependiente
Le dijera: «¡Largo, *chuchol!*»
Y al verle asir un garrote
Con modales expresivos,
Le enseñó los incisivos,
Mas se alejó de allí al trote.
Entróse por la ciudad
Y, de guantes sobre un cerro,
Pudo leer: «Piel de perro
De superior calidad.»
Vió un periódico en el suelo,
Y en él advirtió con rabia
Cerrando á Mariano Cavia
Con la raza de *Canelo*.

El perro quedó temblando
 Del hombre ante aquella inquina,
 Y observó que en una esquina
 Iban á fijar un bando.
 Acercóse al punto allí
 Y, por esta circunstancia,
 Vió *Canelo* que en sustancia
 Se expresaba el bando así:
 « Todo perro sin bozal,
 Allí doquiera que esté,
 Será conducido al de-
 Pósito municipal;

Y en él, cachorrillo ó viejo,
 Lo cogerá sin demora
 La máquina asfixiadora
 En que dejará el pellejo.»
 Con triste filosofía
 Dijo el perro á su manera:
 « La exposición verdadera
 Sin duda alguna es la mía.»
 Aulló después sin consuelo
 Presa de loco transporte,
 Salió huyendo de la corte
 Y no paró hasta Pozuelo.



M. OSSORIO Y BERNARD.



ESTUDIO.—POR GORDÓN.

CIENCIA ESPAÑOLA



CUANDO se buscan é investigan, con cierto detenimiento, los precedentes de nuestro actual estado de adelanto científico, que progreso evidente hay en España en este orden, siquiera no sea tan grande y brillante como en otras naciones, si sorprende lo brusco de la ruptura de nuestras tradiciones en punto á ciencia y no acertamos á explicar la causa de las escasas y poco precisas noticias llegadas hasta nosotros de estudios y descubrimientos debidos á españoles y cuya data no llega á veces á cien años, no menos asombra dar con escritos

extranjeros en los cuales se encomian y alaban cosas que parecen perdidas, en las que no paramos mientes, como si en el adelantamiento y progreso de un pueblo no fuera la ciencia el primero y más importante factor. Entretenidos, y muchas veces deslumbrados, con los descubrimientos que se realizan en otros países y por quienes no llevan nombre español, sucédenos conocer mejor lo de fuera que lo de casa, y rindiendo mercedo culto á los trabajos de mayor nombradía, cuyos resultados traducimos en los adelantos y perfeccionamientos industriales, gala y adorno del siglo en que vivimos, poco ó ningún caso hacemos de nuestro propio adelanto, siendo necesario, en muchas ocasiones, que nos den noticia de cuanto aquí tenemos aquellos mismos que con tanta justicia admiramos y que no pocas veces en la meritísima labor de algún ignorado sabio español fundaron sus descubrimientos; pues también, aunque no muchos, tenemos descubridores é investigadores de primer orden. Viviendo sólo de la realidad presente, nos hemos acostumbrado, acaso por instinto, á no ver en cada invención sino la invención misma, y prescindiendo de todo antecedente, hacemos caso omiso de precedentes y tradiciones, creyendo, con gravísimo error, que las más salen hechas de una vez, ya terminadas y completas y no son fruto de largo trabajo, de equivocaciones experimentales y teóricas, de ensayos infructuosos y de una serie de tanteos, que no se

ven, como no se ven tampoco en la obra de Arte los elementos aislados que han servido para realizarla. Ni acertamos á entender de qué suerte, en el orden de las ciencias, la mayoría de los descubrimientos y las mejores invenciones son obra colectiva, á lo menos dentro de ciertos y bastante apartados límites, porque resultan, en definitiva, del concurso de investigaciones variadas, cuyos resultados se elevan luego á la categoría de leyes, en cuanto quedan establecidas las relaciones de los hechos. No de otra suerte se ha procedido, por ejemplo, al enunciar la ley de la gravitación universal, que es lo más genial y elevado que en la ciencia se conoce: el trabajo colectivo prepara, si así vale decir, la divina labor del genio; mas éste no podría ejercitarse en ella, desplegando sus facultades sublimes, si el medio no fuera adecuado y no pudiera apoyar sus inducciones en hechos ya descubiertos y conocidos y en otras inducciones menos generales. Y olvidando las tradiciones científicas españolas, sobre las cuales parece haber caído pesada losa de plomo, nos hemos acostumbrado á recibirlo todo adobado de fuera, sin estudiar ni considerar en las ciencias y sus aplicaciones la importancia, á veces nada escasa, del elemento nacional más puro.

Ahora mismo, á pesar de la notoria tendencia manifestada en sentido de inquirir cuál ha sido la importancia de las investigaciones científicas en nuestro país y qué datos han aportado al general conocimiento científico, encuéntranse los que se consagran al estudio de la ciencia española y en él se ocupan, buscando precedentes de nuestro actual estado é indagando el desenvolvimiento y desarrollo que en España han tenido las ideas científicas. Pueden verse en estas investigaciones históricas tendencias determinadas hacia el conocimiento de la labor científica en el orden de la pura filosofía, descuidando acaso lo referente á ciencias naturales, que si bien con carácter de aplicación, tuvieron entre nosotros ilustres y meritísimos representantes, y es, asimismo, muy general en cuantos estudian la evolución de las ideas científicas en España, fijarse de preferencia en las Matemáticas, como que son las ciencias que por más tiempo y con mejor fruto aquí se cultivaron, y no ciertamente por ellas mismas, sino, la mayoría de los casos, teniendo en cuenta sus aplicaciones á la Cosmografía y Artes de Navegar ó á la Artillería y Arquitectura. Atendiendo, de la propia suerte, á lo mucho que

puede auxiliar á la Medicina, es como se ha estudiado la Botánica desde el punto de vista de su historia en España; y lo mismo pudiéramos asegurar respecto de todas aquellas ciencias cuyos principios tienen inmediatas aplicaciones en las necesidades de momento. Entre los que padecemos el achaque de lo que ha dado en llamarse ciencia española, son poquísimos los que indagan en el campo de las ciencias experimentales, y quizá débese esto al desencanto recibido no encontrando casi nunca teorías atrevidas, doctrinas más ó menos ingeniosas, hipótesis mejor adivinadas que fundadas en hechos, ó al ver que aquí no hubo sabios perseguidos, siendo contados los astrólogos, brujos, nigromantes y alquimistas, y abundando en cambio los mineros y metalúrgicos, los prácticos y experimentadores; más solícitos en la invención de medios para beneficiar la plata y extraer el oro de los placeres, que afanosos en buscar la piedra filosofal, falsificar piedras preciosas y dar á las naturales la condición de brillar en la obscuridad, emitiendo vivos resplandores, ó dotarlas de la excelente y nunca bien ponderada virtud de descubrir los venenos, obscureciéndose con su sola presencia. Marca precisamente el carácter genuino y peculiar de las ciencias en España esta ausencia casi completa y absoluta de doctrina que no se halle en consonancia con los hechos y en ellos no se apoye de un modo decidido y directo, y tengo por gran excelencia, pareciéndome que en ello anduvieron acertadísimos nuestros investigadores, que esto no excluye la invención, antes bien contribuye grandemente á ella y asegurada, así como la eficacia de sus aplicaciones, bastando recorrer la historia de la metalúrgica de la plata, á cuyo beneficio tanto contribuyeron los españoles, no sólo conservando aquellos métodos de amalgamación, de muy antiguo practicados, sino perfeccionándolos y mejorándolos hasta dar en aquel procedimiento que llamamos de *cazo* ó *fondon* y constituye la mayor gloria del buen Alonso Barba, y lo mismo pudiera decirse trayendo á la memoria otras explotaciones de metales y de productos que en la Naturaleza hallanse formados.

Otra tendencia debo señalar todavía, respecto de las investigaciones y trabajos que acerca de la historia científica de España se hacen ahora. Es costumbre, seguida por casi todos los que á tan ardua y meritoria labor se consagran, buscar datos y noticias referentes á tiempos muy apartados de los actuales, y más se indaga lo hecho en los primeros siglos del Renacimiento, y mejor se buscan las obras y los trabajos de aquel gran período de nuestra historia, que alcanza hasta bien entrado el siglo décimoséptimo, época de todas nuestras prosperidades, que se inquiere la labor admirable de cuantos en el siglo pasado y en los comienzos del actual comenzaron y prosiguieron el moderno movimiento científico español, cuyos principios nos son tan desconocidos é ignorados como si sobre ellos hubieran pasado ya muchos siglos. Aquellos trabajos magníficos que fueron el despertar de la actividad de un pueblo, ansioso de recuperar el tiempo perdido en la más lastimosa decadencia, por cuya virtud esterilizábanse, agostándose en flor, las más generosas tendencias y los más sanos esfuerzos de organización; aquellas inclinaciones hacia el progreso científico, cuyos resplandores veíanse ya lucir por toda Europa y que aquí también llegaron á brillar en descubrimientos muy dignos de mención; aquellos verdaderos adelantos en el orden experimental, que

trajeron nuevas ideas, sacudiendo el dormido espíritu de la raza é impulsándolo al estudio, encaminándolo por las nuevas sendas; todo lo ignoramos. Una especie de moda, indígena mejor que importada, traída de una parte con la propaganda hecha por quienes anhelaban borrar lo pasado, sacrificándolo despiadadamente en aras de su acendrado amor á lo nuevo, y de otra con las predicaciones de cuantos abominaban del siglo décimooctavo que engendrara la Enciclopedia, y como su más legítima consecuencia la mayor revolución política, hizonos considerar la pasada centuria como perdida ó poco menos para la humanidad en el orden intelectual. Sólo nos era conocido aquel inmenso farrago de indigestos libros escritos en gárrula prosa, con laberíntico lenguaje, hasta la exageración rebuscado, contaminado y adulterado con extranjerías frases; cuajados de todo linaje de citas puestas de propósito vinieran ó no á cuento y cuya materia y fondo trataba de todo lo divino y humano con algunas cosas más. Y por lo malo, por sólo lo que nunca puede caracterizar una época y menos aquella de que se trata, acaso la que presenta mejor determinados los caracteres de transición de un régimen á otro régimen y de unas ideas á otras ideas, nos han enseñado á juzgar el siglo décimooctavo, presentándonoslo como inútil para las ciencias y para las artes, sin advertir que en él se prepararon nuestros adelantamientos actuales. Aparte de esto, y aunque entonces se escribió mucho y en España hiciéronse magníficas impresiones de toda clase de libros, parece haberse levantado una gran muralla que impide ver lo hecho antes de 1800, ó que todo el Renacimiento iniciado en el período de que se habla hállese enterrado muy hondo y cubierto con muy gruesa y pesada losa; y sin razón lógica aparece de esta suerte rota nuestra tradición científica, sucediéndonos como á los viejos, de edad ya muy avanzada, que recuerdan con los más insignificantes pormenores sucesos acaecidos cuando eran mozos, y apenas pueden relatar otros que tienen muy reciente data.

Por lo que á trabajos científicos de pura especulación y á investigaciones científicas se refiere, bien puede decirse, respecto de España, que en muy pocos siglos se hizo tanto de positivo y provechoso, y atestiguanlo, no sólo lo que se conserva, inédito y escondido en su mayor parte, y el evidente progreso, ya preparado, y realizado sobre todo desde 1750, sino mejor todavía los testimonios de los sabios extranjeros que gozan de mayor crédito y las consideraciones que tuvieron para nuestros investigadores, los cuales engrandecieron las tradiciones científicas de la patria, y así en su labor bien se distingue y reconoce el peculiar carácter de la ciencia española. Sin entrar ahora, que el lugar no es para ello adecuado, en grandes y eruditas disquisiciones acerca de puntos tan interesantes, bien pueden aducirse algunos datos, á fin de determinar la característica de los trabajos científicos y de las investigaciones realizadas en España; porque tan fuera de propósito es negar á los españoles toda cualidad y aptitud para llevarlos á cabo, produciendo algo original notable, como sería pretencioso pensar que aquí se ha hecho todo y que la ciencia española ocupa el primer puesto, siendo genuinamente nacional y propia nuestra. Bien sé que en materias científicas es difícil marcar nacionalidades, porque, hablando con todo rigor, las leyes de los fenómenos y los hechos mismos son siempre iguales, y el método ex-



ENTRE ROSAS.—CUADRO DE AUBLET.

perimental, considerado en conjunto, no admite tampoco esas diferencias y distinciones; mas no ha de negarse que en los procedimientos de investigación, en la manera de ver las cosas y en los razonamientos para llegar á determinar leyes generales, siquiera tomadas en la categoría de aparatos auxiliares y de medios adecuados y necesarios si se ha de alcanzar el enunciado de la verdad, no sólo cabe señalar cierto carácter individual, respecto del experimentador que investiga, sino también otra cualidad más general, en cuya virtud bien puede decirse que se nacionaliza la ciencia. Hácese esto con relativa facilidad respecto de la Filosofía, y aunque con mayores dificultades suele encontrarse y se determina tal característica en las ciencias experimentales y de observación, y pruebas no faltan examinando, con ciertos pormenores, el progreso y adelanto de las ciencias en diversos países y el conjunto de la obra individual de los sabios de primer orden. Una y universal es la verdad, y de su misma y esencial cualidad despréndese que puede ser inquirida, buscada y descubierta por muchos y muy varios caminos: sus resplandores, como los rayos luminosos, propáganse en todas direcciones y así de diversas maneras llégase á ella, ya que en ella convergen y se reúnen todos los métodos de poseerla y en su posesión recrearse. Así es que en dos cosas principalmente se halla determinado el carácter de la ciencia en cada país y aun en cada individuo: el método de investigar, en lo cual consiste muchas veces la originalidad, y la propiedad de ver más ó menos pronto el alcance de lo propio que se investiga y comprende; de suerte que si esto mismo se patentiza en la ciencia española, quedará demostrado su carácter nacional y determinada su principal cualidad y excelencia. No es en verdad empresa fácil llegar á tanto, ni lo pretendo de momento; mas puedo alegar buenas razones pertinentes al caso, adelantando noticias acerca de lo que andando el tiempo será voluminoso libro. Para sacar las debidas enseñanzas y frutos del trabajo que emprendo ahora, sería menester, tratando sólo del progreso y desarrollo científico de España en el pasado siglo, hacer una especie de balance ó inventario de todo cuanto en la décimotercera centuria se ha producido, examinar un número nada corto de libros, indagar en las bibliotecas y archivos buscando manuscritos y datos, á veces muy escondidos, y elegir de todo esto lo original, separando lo que es propio é indígena referente al conocimiento de las ciencias naturales; y sólo después de tan prolija labor y de examinar los juicios y opiniones de los extranjeros acerca de nuestros hombres de ciencia, es posible medir y apreciar cuánto éstos contribuyeron al progreso y al adelanto con aquellos trabajos realizados en un siglo de verdadera transición, en el cual se acumulan materiales que prepararon la maravillosa labor del presente.

Entonces se vería cómo en aquellos tan maltratados tiempos, que injustamente nos hacen tener muy á menos, acaso no andábamos tan separados y distanciados del progreso como ahora, ya que los estudios y descubrimientos científicos aquí realizados y llevados á término con envidiable perseverancia encajaban á maravilla en las ideas científicas de Europa, y aquí hallaban fervientes adeptos las ideas nuevas y teniase á gala enseñarlas y comentarlas. Basta recordar, respecto de ello, cómo reforma de tanta trascendencia como la nomenclatura química fué enseñada en

Madrid y en la cátedra de D. Pedro Gutiérrez Bueno el mismo año que se establecía en Francia, siendo la cátedra de tan excelente maestro la primera en la que se adoptó el sistema, y el hecho aparece probado porque el Sr. Gutiérrez Bueno publicó en Madrid y por el mes de Octubre de 1789 una traducción de las Memorias que en Mayo del propio año habían leído en la Academia de Ciencias de París los sabios encargados de fijar las bases de la nueva nomenclatura, y sigue á la traducción una larga lista, en la cual pónense los nombres dados hasta entonces á las substancias más conocidas, minerales y orgánicas, y su correspondencia con los nombres del sistema nuevamente adoptado. Al igual de este ejemplo, muchos otros pudieran citarse, especialmente en lo que atañe á la Botánica, y sirven de testimonio, respecto del particular, las cartas de Loeffling á su maestro el gran Carlos Linneo, cuajadas de elogios para los botánicos españoles, y el hecho de haber adoptado éstos, muy luego de conocido, el sistema sexual del sabio profesor sueco. Y en lo referente á descubrimientos y ensayos, vale decir que el volfram, el vanadio y el platino fueron descubiertos por españoles, y el último de estos metales aislado y forjado en Madrid, y que nada de cuanto pudiera contribuir al desarrollo y adelantamiento de las ciencias y de las artes dejó de ser ensayado y estudiado con verdadero afán y conocimiento, sin escasear medios, ni dejar sin consignar los resultados adquiridos por propia experiencia y repetidas investigaciones. Fácil es ver, tomando todos los trabajos realizados en conjunto, cuál ha sido, en definitiva, el carácter peculiar de la ciencia española durante aquel periodo de regeneración, comenzado en el reinado de Carlos III, y que ofrece provechosas enseñanzas y despierta nuevos estímulos para comenzar otra vez en aquellos caminos de cuya dirección jamás debimos habernos apartado. Nótase desde luego bien marcada la influencia de ideas y doctrinas importadas de Francia y de Alemania, en cuanto al sentido y concepto general de la ciencia; mas ha de entenderse que, contrariamente á lo que ahora sucede, aquellas doctrinas é ideas generales han sido objeto de una elaboración especial, puesto que no se admitían por la sola autoridad de sus mantenedores y paladines, sino adaptáronse primero al medio, y aunque no trascendieran por lo común á la masa de las gentes, llegando á formar parte integrante de la cultura general, constituyeron á modo de punto de partida, previa su nacionalización. Esto mismo ha sucedido siempre y en todas las épocas de la historia científica de España: se ha procedido adaptando elementos, doctrinas é ideas extranjeras, á guisa de fundamento y origen de investigaciones y descubrimientos en el orden de las ciencias experimentales; vino luego la elaboración ulterior de las ideas recibidas, y aquí entra ya la fecunda labor nacional, que consiste principalmente en acumular datos, extender el alcance de los procedimientos, investigar en inexplorados terrenos, desplegando aquella facultad sintética tan fuerte y prepotente, que por adivinaciones pudieron á las veces tomarse sus trabajos que consintieron, en algunas ocasiones, crear muy trascendentales doctrinas científicas.

Aparte de esto, que se ve, bien claro por cierto, en las primorosas lecciones con las cuales Cavanilles inauguraba sus cursos de Botánica, en la famosísima obra de *Cálculo diferencial* de D. José Chaix, y en muchos otros trabajos de indiscutible originalidad y mérito reconocido; en la labor de

investigar hechos, que ha de preceder necesariamente al enunciado establecimiento de leyes y de teorías, hay en los sabios españoles del pasado siglo lo que hubo siempre en los investigadores indígenas: nunca pierden de vista las aplicaciones, y pudieran sostenerse que por tenerlas delante y querer extenderlas, llegaron á realizar los descubrimientos á los cuales va unido su nombre. Así los hermanos Elhuyar, ensayando el mineral denominado *volfram*, descubrieron y aislaron el cuerpo simple metálico al cual dieron este nombre y es llamado también *timgsteno*; D. Andrés del Río llegó al conocimiento del *eritronio*, que ahora denominase *vanadio*, investigando la riqueza de un plomo rojo de Zimapán, y D. Antonio de Ulloa, ocupado en la parte descriptiva del viaje que emprendiera á América en compañía de don Jorge Juan, dió con la platina del Choco, y supo que era mineral por todo extremo complejo, del que se obtuvo en Madrid el platino, y lo propio acontece en asuntos de Historia Natural, aun en aquellos que parecen más apartados de las aplicaciones, al igual de la *criptogamia española*, en cuyo conocimiento tanto se ocupó D. Simón de Rojas Clemente en los comienzos de su gloriosa carrera científica. Había además de estas razones, cuyos fundamentos pudieran hallarse en los elementos tradicionales de la ciencia española, otras, puramente de época, que explican el sentido de las investigaciones llevadas á cabo durante la pasada centuria, sobre todo en la segunda mitad de ella, que es el tiempo en el cual se ha desplegado mayor actividad científica y lográndose descubrimientos de tan grande importancia, como aquellos que sirvieron de fundamento á la Química moderna. Eran aquellos los días en que abriase camino la transformación de las ideas y se preparaban, con grandísimo trabajo, las grandes teorías y las doctrinas que más trascendencia han tenido en el mundo, lo mismo dentro que fuera del campo de las ciencias experimentales; el método positivo, consistente en partir del hecho observado y reproducido, comenzaba á implantarse, y el criterio de la duda, fecundo cual ninguno y que había luchado durante siglos enteros, triunfaba al cabo é imponíase á todos los espíritus: las doctrinas antiguas parecían ya insuficientes ó erróneas, y era menester acumular pruebas de hechos que las destruyeran, y al propio tiempo, el conocimiento perfecto y acabado de nuevos fenómenos era indispensable para fundar otras nuevas, más positivas y también menos permanentes; de otra parte, los llamados intereses materiales reclamaban nuevos y más amplios desarrollos, y el sistema de vida que cambiaba, exigía mayores medios y á la ciencia pedíalos. España tuvo su parte en este gran movimiento: rompiendo trabas, acabando con rutinas y preocupaciones, comenzó su regeneración, y á la par que se establecían cátedras de enseñanza y de investigación científica y renacían las exploraciones americanas, comenzadas por la famosísima de Francisco Hernández, á fin de conocer y utilizar las riquezas naturales de aquellos dominios que españoles habían descubierto, conquistado y civilizado, las aplicaciones científicas recibían grandísimo impulso, que había de traducirse en el desarrollo de los productos del suelo, en los perfeccionamientos de la industria minera, sobre todo. Estas tendencias, de carácter general, explican las cualidades de la ciencia española durante la época que aquí se examina, y no son en definitiva otras que las bien notorias en nuestros insignes trabajos de

los siglos xv y xvi, á saber: partiendo del perfecto conocimiento de los hechos y de sus aplicaciones, llegar á determinar sus leyes y atreverse á los conceptos más generales de la ciencia, dando al sentimiento, á las intuiciones y á la inventiva aquella parte que en esta labor deben tener, para poderse adelantar á los mismos fenómenos y exponer, antes de determinarlas con todo el rigor que la ciencia exige, las leyes que los rigen; todo ello á virtud de aquel espíritu sintético, principal carácter de nuestros investigadores y que en lo porvenir ha de representar, dentro de la ciencia general, un papel de grandísima importancia, en cuanto por él se pondrá en orden lo que anda disperso y al parecer desligado.

Con el deseo de patentizar cuanto va expuesto, quiero adelantar algunos datos respecto de la obra científica de un químico español, que nació en el siglo pasado y murió bien entrado el presente, sin que hasta ahora nadie haya hecho otra cosa que dar cuenta muy sucinta de sus Memorias é Informes, todos ellos muy originales y curiosos, que revelan un gran espíritu observador y analítico y al mismo tiempo un hombre de extraordinaria y general cultura científica: me refiero al Sr. D. Domingo García Fernández, en cuyos trabajos vense reflejados aquellos caracteres de transición que distinguen las investigaciones científicas del siglo décimotavo. No es un estudio completo el que voy á hacer, sino un resumen que servirá de preliminar á otro trabajo mucho más extenso y analítico, que es menester completar examinando documentos de la época y poniendo en orden los ya numerosos datos recogidos, de los cuales daré noticia aquí, escogiendo los más importantes. No se trata de un teorizador, ni de un genio que pueda ponerse al lado de Lavoisier, sino de un químico inteligente, laborioso y original, muy bien reputado por sus trabajos lo mismo en España que en el extranjero, donde hizo algunos bastante interesantes.

No ha podido mi diligencia, hasta ahora, procurarme noticias positivas del lugar y época del nacimiento de D. Domingo García Fernández, y ni sospechas tengo de en qué región vió la luz primera; y no estamos mejor respecto á datos acerca de sus estudios y aprendizaje, ignorándose dónde los hizo y cuáles fueron sus maestros y profesores. Debíó, si formarse trabajando con afán los mejores años de su juventud, aprovechando mucho las enseñanzas que recibiera; y, para opinar así, tenemos las primeras noticias de su vida, que datan del último tercio del pasado siglo, cuando residía en Madrid y no era á la sazón ya muy mozo: hallábase en la plenitud de la vida, formada su cultura científica, muy adelantada por aquel tiempo, y era respetado como uno de los más ardientes y fervorosos adeptos de la nueva escuela, nacida principalmente de los innumerables trabajos y experimentos de Lavoisier, y es tenido por químico muy eminente y práctico, cosa atestiguada por sus estudios analíticos y de aplicación, en los cuales he de ocuparme luego, si quiera para dar noticia de los más interesantes y originales. Sus especulaciones experimentales debían haber contribuido mucho á su fama y renombre, cuando por los años de 1780 fué nombrado D. Domingo García Fernández Inspector General de ensayos de moneda é individuo de la Real Junta de Comercio, Moneda y Minas, habiéndole sido encomendados los asuntos referentes á la Química, en cuya ciencia había demostrado ser peritísimo. En aquel puesto, que conservó

lo menos por diez años, tuvo ocasiones de demostrarlo en una serie de Informes que venían á ser, á lo menos la mayor parte de ellos, á modo de resumen de observaciones delicadas y prolijos experimentos, encaminados á sacar algún fin práctico ó de utilidad, que era el objeto perseguido en sus indagaciones, en las que aplicaba de continuo los métodos y los principios de la naciente escuela de Química. Hacia 1790 partióse á París, en cuya Fábrica de Moneda tuvo ocasión de estudiar muchos procedimientos docimásticos y métodos de ensayo que aumentaron grandemente sus conocimientos, ensancharon su cultura y sirvieronle para afirmarse en los principios de las doctrinas de que era adepto; frecuentó el trato de los químicos franceses, adquiriendo la amistad de los más famosos y esclarecidos, cuyo afecto conservó muchos años después y del que existen fehacientes pruebas en cartas y documentos curiosos; y vuelto á España, reanudó sus tareas con verdadero afán de ser útil á la patria, conforme se demuestra en los trabajos realizados mientras tuvo el cargo de Superintendente y Director facultativo en los Establecimientos de Almadén, desde el año de 1822 al de 1829. Tales fueron los cargos oficiales desempeñados con grandísimo celo y no igualada competencia por el Sr. García Fernández, y en ellos demostró siempre aquellas dotes de hombre de ciencia instruídísimo y de químico muy adelantado y experto, cualidades que bien pronto se ven en sus escritos y trabajos, no muy numerosos ciertamente, mas suficientes para que su nombre figure entre los más notables de la pasada centuria.

Acaso pueda tacharse de falta de unidad la obra de don Domingo García Fernández considerada en conjunto; pero este achaque no es sólo suyo, y mejor pudiera considerarse general y común á todas las investigaciones de su tiempo, porque igual falta de unidad se advierte en los trabajos de Scheele, en los de Bergmann y en los del mismo Lavoisier, para no citar sino los más fundamentales de la época. Era menester acometer y llevar á cabo las investigaciones que se presentaran, y en el afán de acumular hechos y conocerlos, variaba á cada punto el objeto de los estudios y el método seguido en las especulaciones; y de otra parte, el campo estaba virgen, los asuntos apenas desflorados y la madre naturaleza ofreciase toda entera al investigador, afanoso por conocer las manifestaciones de su energía soberana. No era menor ciertamente, ni tampoco menos meritorio, otro de los objetos que habían de conseguirse con los trabajos experimentales, y que fué alcanzado con verdadera gloria por los sabios españoles: consistía en dar al traste con preocupaciones y errores, los cuales eran creencia general de los tiempos y acordábaseles completa fe y considerábaseles conquistas científicas de la mayor trascendencia; pues alboraban ya los grandes descubrimientos que fundaron la Química moderna,



DESPUÉS DE LA DOCTRINA.—CUADRO DE CHEVILLIARD.

y todavía, y por virtud y arte de un libro traducido, anotado y añadido con un famoso discurso acerca de la posibilidad de la Alquimia, obra de D. Francisco de Tejada, que pomposamente se llamaba Teófilo, no adepto, si no apto escrutador del Arte, creíase á pies juntillas y con cierta primitiva candidez, en la conversión del hierro en cobre, efectuada gracias á una de las más sublimes operaciones, y defendíase el hecho de tan peregrino cambio con buena copia de razones y gran balumba de argumentos, tan finos y agudos que se quebraban de puro sotiles. Debe achacarse, en buena parte á esto la falta de unidad que dejó consignada respecto de los trabajos é investigaciones de D. Domingo García Fernández, y justificase lo que hoy seria capital defecto por el carácter que de necesidad hubieron de tener cuantas investigaciones se practicaron en su época, verdadero momento de regeneración científica, período glorioso en el que se preparó, con el descubrimiento y estudio de los más variados fenómenos, el advenimiento de las ideas modernas: fué la pasada centuria, particularmente en su segunda mitad, el tiempo en el cual aquellas ideas respecto de los métodos positivos que emitieran y sostuvieran Bacon y Descartes comenzaron á tener su más espléndido desarrollo y su desenvolvimiento más amplio y general, en particular cuando se aplicaron á la interpretación de los fenómenos de la luz y como método á las investigaciones de la Química, reduciendo á números los sueños y las quimeras de las doctrinas alquimistas; y á la manera que éstas nacieron y se originaron de las aplicaciones más ó menos limitadas de los hechos que la curiosidad humana y el instinto investigador llegaban á descubrir y poseionarse de ellos, la nueva Química, con su doctrina de la unidad de la materia, con sus métodos experimentales que en la balanza tuvieron su mejor fundamento, en las aplicaciones tuvo su origen y á ellas ha servido con los prodigiosos adelantos de aquella industria que llegaron á fundar las más sublimes, alambicadas y

metafísicas doctrinas de la transmutación y cambio de los metales unos en otros.

De cuantos trabajos y estudios de Química aplicada, que puede decirse era la especialidad de D. Domingo García Fernández, citaré los que llegaron á mi noticia: Un *Informe* acerca de cierta especie de *Tripoli blanco*, procedente de la provincia de Burgos; otro, que es un Análisis de cierta mina de oro de la Encomienda de la Clavería en Extremadura, seguido de un estudio acerca de la propia materia; otro, también con objeto de dar cuenta del estudio de una mina de oro de Valencia de Alcántara, asimismo en Extremadura; otro, referente á una mina de plomo de Castro-Urdiales; otro, que trata de las minas de hierro y cobre descubiertas no lejos de Canfranc en Aragón; otro, de las minas de plata de Cabezo de Don Juan en Cartagena; otro, que trata, con gran copia de datos, de las influencias que puede ejercer la luz en general sobre el ácido nítrico, y particularmente cómo tales ácidos alterados por la luz impurifican el agua regia que con ellos se compone; otro, sobre la nueva mina de azogue de Eslida en Valencia; y otro, acerca de un *semimetal* hallado en la propia mina. Estos trabajos, de muy corta extensión todos ellos, son á modo de notas de investigaciones experimentales practicadas por nuestro químico, quien reuniólos formando un volumen de 124 páginas, que se imprimió en Madrid el año de 1798 con este título: *Informes á S. M. y Real Junta de Comercio, Moneda y Minas sobre algunas producciones naturales, descubiertas en estos últimos tiempos en los dominios de España, y otros trabajos*; todos ellos llevólos á cabo el señor García Fernández en cumplimiento de su cargo de *Inspector general de Ensayos de la Moneda y Comisionado del Ministerio de la Real Hacienda y de dicha Junta para los asuntos de Química*, conforme puede leerse en la portada del referido libro, que mejor llamaríamos opúsculo. Son, pues, estudios de carácter oficial que tenían como principal objeto dar á conocer minerales y sustancias naturales explotables y utilizables en la industria: además, como adviértelo muy bien el propio químico, del estudio de los cuerpos que habían sido sometidos á su examen é investigación, proponíase otro objeto más elevado, porque eran datos y materiales para hacer la descripción física de España, labor que el autor, según declara, tenía emprendida, á la par de otros estudios y trabajos de Química, referentes todos á nuestra patria, á cuya gloria y esplendor quería contribuir desde el punto de vista de la minería. Que los experimentos de don Domingo García Fernández estaban bien hechos y que en sus análisis empleaba métodos muy nuevos y seguros, está demostrado en el *Informe* acerca de las minas de hierro y cobre de Canfranc, cuyos criaderos habían sido objeto de un estudio anterior de Mr. Exchaquet: el químico español tuvo ocasión de patentizar los errores cometidos por éste, rectificando sus conclusiones y enmendando los procedimientos seguidos, algunos de los cuales rechazó porque conducían á determinaciones numéricas muy exageradas. En el trabajo de referencia, obra de un perfecto analista, hay verdadera originalidad y conciencia á toda prueba, porque no expresa resultado alguno sin ensayos repetidos, empleando medios diversos, cosa que bien á las claras demuestra su dominio

de la materia y su cultura en los procedimientos de una ciencia cuya práctica era entonces bastante difícil y complicada.

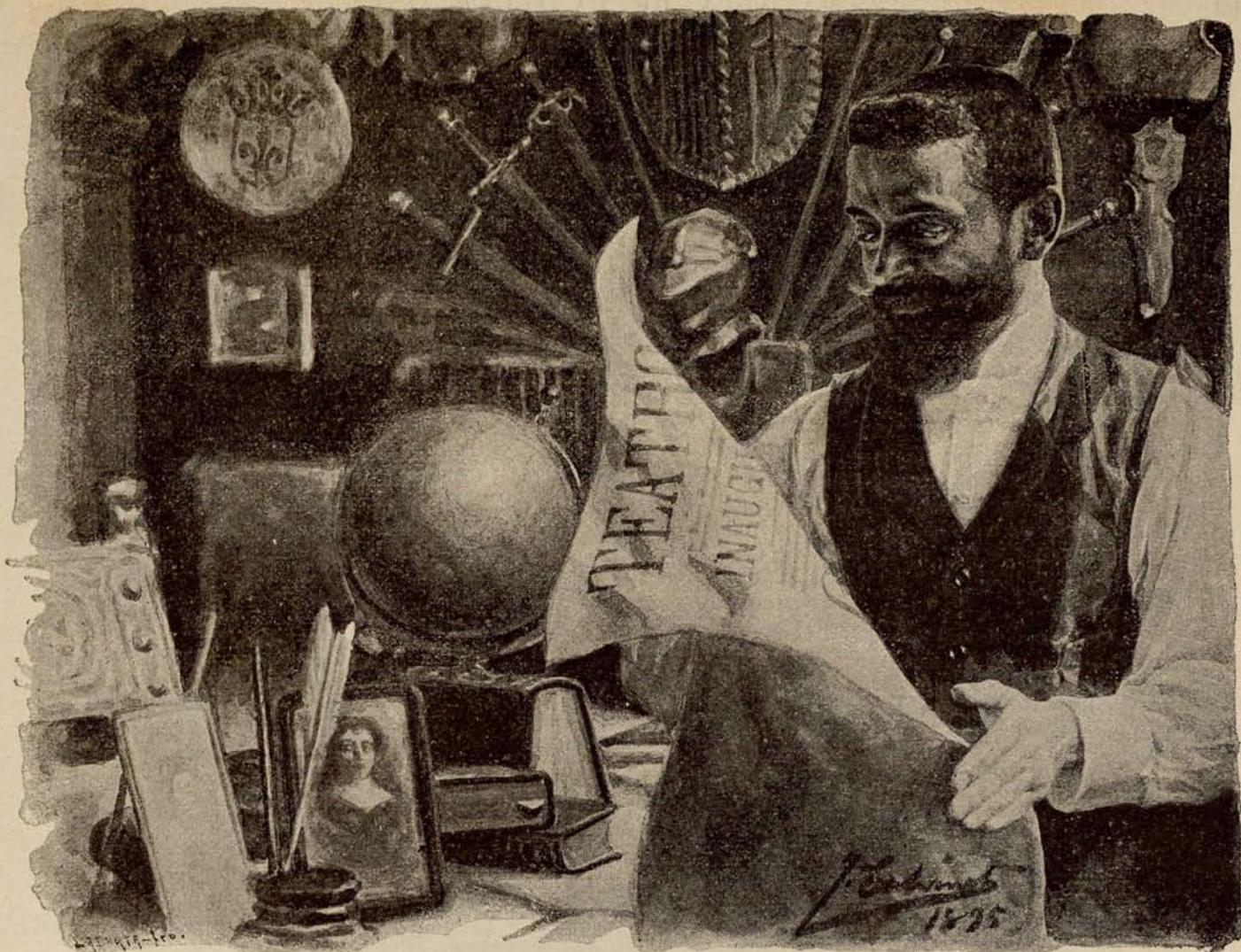
Aparte de lo que hemos calificado de trabajo oficial, en el que acreditaba lo acertado de su nombramiento para el elevado puesto que ocupaba en la Junta de Comercio, Moneda y Minas, publicó el Sr. García Fernández otros estudios de Química, que aparecieron impresos en los *Anales de Historia Natural*; tales son: *Informe sobre el salitre natural* descubierto en Asturias; el *Petunzé* de la Villa de Baños, jurisdicción de Bailén, y las minas de cobre y hierro de la villa de Lubrín en el reino de Granada, que se insertaron en el tomo primero de los *Anales*, correspondiente al año de 1799. Y suyo es también el estudio de las aguas minerales de Solán de Cabras, impreso en Madrid en 1826. De todos los trabajos citados, que son los llegados á mi conocimiento, díjote por el más importante y original el referente al salitre de Asturias, análisis que, en cuanto á método y manera de exponer los resultados y examinar el valor de cada uno, parece hecho ahora, y por lo referente al procedimiento, difiere notablemente de cuanto se había hecho hasta entonces, si se exceptúa el magno trabajo de Lavoisier en la Comisión de pólvoras y salitres de Francia; porque no se trata sólo de mostrar habilidad analítica, adquirida en la práctica diaria en un laboratorio bien dispuesto, sino que es cuestión de interpretar resultados, buscar principios é inventar métodos que lleven por mejores caminos al conocimiento de las relaciones de los hechos, á fin de deducir de ellos las aplicaciones. Cabalmente esto hizo el Sr. García Fernández al estudiar el nitro bajo el triple aspecto químico, analítico y de aplicaciones, y en esto último siguió el camino que Lavoisier trazara algunos años antes al fijar por el estudio experimental de la pólvora y sus componentes, las condiciones que había de tener el nitro empleado en ella, de donde surgía la idea de los nuevos métodos de beneficio de las nitrieras naturales, que tan adelantado estuvo en España, merced á trabajos de tanta importancia como este de que doy aquí noticia. Poquísimos ó nada teorizó D. Domingo García Fernández, y en ello señala uno de los caracteres de las ciencias experimentales en España. Conservando las tradiciones, más se preocupa en averiguar cómo los fenómenos suceden, que las razones por que suceden, cumpliendo en ello con el soberano precepto de la ciencia experimental y positiva. Teniendo siempre presente el objetivo de su aplicación, no descuida un punto los accidentes de los hechos que pueden guiarle á nuevos descubrimientos, y parece como que busca en el estudio de los objetos naturales y de las sustancias sometidas á su examen, datos para una descripción geológica de España. Por eso cuando examina los minerales metálicos y cuando estudia aguas minerales pone particular cuidado en conocer y describir los terrenos con verdadera minuciosidad y sin ahorro de pormenores. De aquí que en los trabajos mencionados puedan advertirse, bien á las claras, no sólo los caracteres y tendencias de la ciencia en general durante el siglo XVIII, sino también aquellas características que son peculiares de la ciencia española.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.



EN EL CAMPO.—CUADRO DE E. BLAAS.
(De fotografía de A. Tivoli.)





LOS CABALLOS BLANCOS

Nacen dos ó tres diarios,
Y de que nazcan me alegro.
¡Qué estampa y qué voluntarios!
¡No tienen un pelo negro!
¡Pobrecitos empresarios!



¡Qué inmensa satisfacción
El labrarse con apuros
Una buena posición
Y tirar cinco mil duros,
Ó veinte, por el balcón!



Ser *pagano* por oficio,
Y tras largo sacrificio
Publicar con alegría
La *lista de compañía*
Y el *personal de servicio*.



¡Qué orgullo! el vociferar:
«Yo soy el nuevo empresario,
Y tengo, para empezar,
Cuatro tiples á diario
Y un coro muy regular!»



¡Poner á los Directores
De los diarios mejores
Una invitación atenta!
¡Saludar á los autores!.....
(Y darles dinero á cuenta.)



Llegar la obra prometida
Para empezar la corrida,
Y ver á un público fiera
Que le echa las tripas fuera
En la primera embestida.



Perder la salud y el oro,
Y sin despegar el labio
Irse al toro, por decoro,
Pues no falta *un mono sabio*
Que entregue el caballo al toro.

Á los pencos desdichados
Mayor ventaja les dan.
Salen de un ojo tapados,
Y los empresarios van
Con los dos ojos vendados.

Mueren en lucha horrorosa;
Pero, aunque los hagan trizas,
Ellos como si tal cosa.
¡Renacen de sus cenizas
Como el ave misteriosa!

Cuando, á medio reventar,
Uno abandona la plaza,
Sale otro nuevo ejemplar.
¡Bien se puede asegurar
Que no se acaba la raza!

Su audacia me maravilla:
Por mal que salgan las cuentas,
No falta un alma sencilla
Que haga un teatro en *las Ventas*,
En *el Este*, ó *la Bombilla*.

Á mí no me sabe mal
Que para el peor negocio
Haya siempre un capital
Y un empresario con *socio*
Comi-lirico-industrial.

En besalamano atento,
Al Ministro de Fomento
Pido un premio extraordinario
Para el mejor empresario,
Español de nacimiento.

¡Ilusos amigos míos,
Puntales de mi esperanza
Sean vuestros extravíos!
¡Habiendo *caballos pios*
Hay *trimestre* en *lontananza*!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

